"DERECHO VIEJO"

a la evolución destino de hombre

"GLORIA DEI, HOMO VIVENS" (LA GLORIA DE DIOS ES EL HOMBRE VIVIENTE)

Lejos del mundo. Cerca de los hombres

Año 7 Nº 80 Un periódico para leer Julio 2008

La encarnación realizó lo siguiente: Dios se volvió humano y los seres humanos se volvieron Dios y partícipes de la naturaleza divina.

Santo Tomás de Aquino

"En Él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles".

Colosenses 1,16

La verdadera Iglesia es la humanidad

(y con tendencia a ampliarse)

(...) El cual, siendo de condición divina,
no retuvo ávidamente
el ser igual a Dios.
Sino que se despojó de sí mismo
tomando condición de siervo,
haciéndose semejante a los hombres
y apareciendo en su
porte como hombre;
y se humilló a sí mismo
obedeciendo hasta la muerte
y muerte de cruz.
Por lo cual Dios le exaltó
y le otorgó el Nombre
que está sobre todo nombre.
Para que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble
en los cielos, en la tierra
y en los abismos,
y toda lengua confiese
que Cristo Jesús es Señor
para gloria de Dios Padre.

Filipenses 2, 6-11

La verdad nos hará libres

EDITORIAL

El Padre y yo somos Uno

Escribe: **Camilo Guerra**

Yo estoy de acuerdo en que pueda ser el Hijo de Dios, es tan esperado, tan deseado, y alguna vez tiene que venir; y ¿por qué motivo no podés ser vos? A mí me consta que desde pequeño tuviste inclinaciones diferentes de las habituales; diferentes intereses, digamos. Yo estoy contigo y yo te apoyo... en lo que sea. Pensemos juntos: si realmente fuéramos hijos de Dios podríamos convertir las piedras en pan, y saciar el hambre de esta pobre gente que nos rodea. Sería una jugada maestra. Mitigaríamos el hambre de la gente y al mismo tiempo nos acreditaríamos delante de ellos para poder enviar con mayor seguridad nuestro mensaje. Que de eso se trata, a no olvidarlo...

–Padre, yo no vine a fundar la Cruz Roja, ni el Pami internacional, ni tampoco a proclamar la igualdad material de los hombres, simplemente porque ese no es mi mensaje, esa no es mi ocupación... sin embargo, multipliqué panes, Padre, para que se dieran cuenta de tu poder y del mío, para que fueran capaces de conscientizar su propio poder, Padre... pero fue inútil, solamente querían llenar el estómago.

–No importa que nos hayamos equivocado; eso no debe quitarte la convicción y la certeza de que sos mi hijo. Vos sabés que yo tengo todo el poder, el único poder, sabés que no hay dos poderes; y todo ese poder se lo puedo dar a quien quiero, pero tienes que tener la certeza y la confianza absoluta de que yo soy tu Dios...

–... puedes creer que lo intenté, y no sólo una vez, sino de mil maneras; pensaba que si tenía el poder podía imponer la verdad, vaya si lo intenté, negocié con los zelotes, con los fariseos, con los esenios y hasta con los saduceos... hasta quedar exhausto y confundido. Y ahora de pronto me ofreces el poder, y lo único que se interpone en alcanzarlo, es que postrado te adore y te reconozca como mi Dios. Pero no veo un Dios afuera. Si me ofrecés el poder es porque me estás temiendo... sigo tan confundido como antes, pero sé que sólo a Dios debo amar, y algo me da la certeza de que adentro mío hay alguien más yo que yo mismo. No me tortures más.

–Es lo que yo siempre dije, simplemente te estaba probando. Quería saber definitivamente si éramos o no los hijos de Dios. Quería saber hasta qué punto estabas convencido de eso; lo que tengo para transmitirte no podría ser resistido por un hombre que deje libre su imaginación; y a veces noté que podía ser tu problema. Pero, ¿cómo pensás alcanzar tu plenitud si no querés reconocerme como tu Dios?

– Si fueras mi Dios no precisarías que te reconozca, ni que te alabe, ni precisaríamos hacer toda la parodia en un templo donde el miedo rebalsa. Si yo me veo, te veo a vos; me veo en vos y te veo en mí: ¿de qué adoración, de qué reconocimiento, me estás hablando?

–Ahora sí estoy convencido. Ahora sí sé que somos Uno. Definitivamente juntos en la eternidad fuera del tiempo y del espacio, ¿sientes esa certeza? Demuéstramela tirándote del templo que yo diré a los ángeles que te sostengan. Hacelo ahora, que este acto sea el sello de nuestra definitiva unión.

–Y me lo creí Padre; me estaba pidiendo que demostrara confianza, estábamos volando tan alto. Si el Padre me envía ¿cómo no voy a confiar? Y así fue que hice milagros Padre, ¿no me sentía acaso tu Hijo? Pero ni con la resurrección de un muerto pude acercarme a la consciencia, ni con la resurrección de un muerto pude confirmarme que yo era el Hijo de Dios.

Y el tentador se fue, aburrido de derrotarme siempre, con el convencimiento de que yo no era el Hijo de Dios

Llorar la muerte del alma

Dice Jesús: **"Bienaventurados los que lloran porque serán consolados".** El Ser llora con los que lloran y ríe con los que ríen. Dios llora la muerte del alma, pero no llora la muerte del cuerpo. Mientras estamos en este cuerpo, en este estuche de barro, conocemos en parte, pero cuando salgamos de esta máscara de barro, conoceremos como somos conocidos, conocidos por Dios. Entonces veremos cara a cara a aquel que verdaderamente nos ve: **ocurrirá la plenitud del Ser en nosotros.**

Ver como verdaderamente somos, conocer como somos conocidos por el Ser, vale decir, conocernos a nosotros mismos, ese es el destino eterno del hombre. Si no lo alcanzamos, nos quedaremos en el barro de donde salimos.

Por eso decimos que Dios llora la muerte del alma y no llora la muerte del cuerpo.

Selección de ***Miguel de Palermo***

Para tener en cuenta

1º No hacer de la meditación un hábito.

2º Experimentaremos alegría.

3º Si algo sucede solamente cuando meditamos, es falso, es una autohipnosis.

4º Si nos parece que no sucede nada, no nos preocupemos porque siempre sucede algo; a veces se capta y otras veces no.

5º Si algo se percibe no nos aferremos a eso.

6º Nos sentiremos transformados a lo largo del día.

7º Va desapareciendo la ira. Nos enojaremos menos, además ya no estamos enojados con nosotros.

8º Nos pondremos cada vez más en lugar del otro.

9º Menos rabia. Más amor. Menos crueldad. Más compasión.

10º No tratamos de dominar a nadie.

En estas direcciones puede retirar «Derecho Viejo»

Capital Federal

Librería Claretiana - Lima 1360 - Rodriguez Peña 898 - Aráoz 2968
Librería Marista - Callao 224
Librería Patria Grande - Rivadavia 6369
Librería La Guadalupita - Av. Avellaneda 3918
Cobla Electricidad - Av. Gaona 1623, Caballito - Av. Nazca 2732
Maxikiosco - Lacarra 808
Librería Guadiana- Rodríguez Peña 744
Librería Huemul - Av. Santa Fe 2237
Centro Médico Versalles - Juan B. Justo 9350
Consultorios Médicos - Matheu 2139
El Jardín de los Ángeles - Av. Corrientes 1680 1º Piso
Libros "de Ayer.com" - Av. Elcano 2948 - Billinghurst 1111
Librería Barnie - Montevideo 295
Dietética Alice - Balbín 3715
Librería "El Trébol" - Av. Chiclana 4242

Gran Buenos Aires

Acassuso: **"Bonafide"** -Manzone 817
Berazategui: **Ortopedia Héctor Cazorla** - Calle 101 Nº 588
Caseros: **Librería "La Cueva"** - Av. San Martín 2651
Florencio Varela: **Biblioteca D.F. Sarmiento** - España esq. Boccussi
Gral. Rodriguez: **Sytel Servicio Técnico TV/Audio** - Moreno 865
Ituzaingó: **Librería"Santa Teresita"** - Zufriategui 830, Loc. 22, Gal. Centenario
La Plata: **Librería Claretiana** - Calle 51 Nº 819
L. de Zamora: **Librería Claretiana** - H. Irigoyen 8833
L. del Mirador: **Casa López** - Av. San Martín 3566
Luis Guillón: **Santería** de Schoenstatt - José Hernandez 251
Luján: **Kiosco Marianito** - Lorenzo Casei esq. Montevideo
Merlo: **"Parque Gas"** - Av. San Martín 2435
Moreno: **Librería "Hadas"** - Asconape 139
Olivos: **Biblioteca Popular de Olivos** - Maipú 2901
Ramos Mejía: **Centro Yoga Shamballa** - Pueyrredón 56
San Fernando: **Librería Claretiana** - Constitución 938
San Isidro: **La dietética de San Isidro** -Cosme Beccar 229
San Justo: **Librería Claretiana** - Ignacio Arieta 3045
San Miguel: **Librería "San Francisco"** - Sarmiento 1468
Villa Ballester: **Papelería comercial "Fabi"** - Lamadrid 1793

Castelar

Cobla Electricidad - Av. Arias 3437 -
Librería La Recova -Martín Irigoyen 430
Video Time - Almafuerte 2411
Nva. Librería Alemana - Bmé. Mitre 2466
Librería "La Cueva" - I. Arias 2354 -
Mercería y Lencería "Zoe" - Santa Rosa 2011
Librería "Castelar" - Av. I. Arias 2378

Hurlingham

Dietética "La Pradera" - Jauretche 943
Regalería "Alimey" - Jauretche 1490
Cobla Electricidad - Av. Jauretche 933

Morón

Librería Claretiana - San Martín 379
Almacén "El Barquito" - Belgrano 308
Librería "Nuevo Mundo" - Brown 1482
Casa Franceschino - Bme. Mitre 822

San Antonio de Padua

Consul. Odontológico Dr. Jorge Merlo Lambaré esq. Limay
Electricidad Padua - Belgrano 295
Kiosco "Hortensia" - Lambaré 1630
Librería "Sin orillas" - Noguera 311 Loc. 4
Farmacia "Comastri" - Zárate 260

Tandil

Cobla Electricidad - Tel.: 022-93-453311
Av. Del Valle esq. Lisandro de la Torre

Neuquén

Morgana Libros - Av. Arrayanes 262
Loc. 8 - Villa La Angostura

Mar del Plata

José Cupertino - Catamarca 1645 -
Librería "Don Bosco" - Belgrano 4802

Equipo

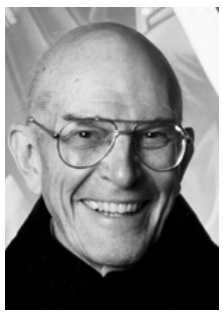
Directores:
Dr. Camilo Guerra
Dr. Sebastián Guerra

Secretario de Redacción
Prof. Lic. Federico Guerra

Diseño y Diagramación
Derecho Viejo

Dirección y Correspondencia
Almafuerte 2629
(CP. 1712) Castelar
Prov. Buenos Aires - Argentina
Tel: 4627-8486 / 4629-6086
e-mail: derechoviejo@speedy.com.ar

Espiritualidad cristiana



Por **Thomas Keating**

Para los primeros Padres de la Iglesia había una sola espiritualidad, la espiritualidad de Jesucristo, que murió y resucitó y está derramando su Espíritu sobre el mundo. A medida que transcurrió el tiempo, la riqueza del misterio de Cristo tendió a ser diferenciada. Cristo es una realidad demasiado grande para ser expresado en su totalidad por un individuo o una vocación. Empero, todas las expresiones, todas las vocaciones, deben tener sus raíces en él.

La expresión apostólica fue poderosa en la Iglesia primitiva, y es especialmente fuerte de nuevo en la actualidad, cuando trabaja por la paz mundial, la justicia y el servicio a los pobres. Por el otro lado, siempre hay personas llamadas por el Espíritu a una participación mayor en el misterio del silencio y la soledad de Cristo, por medio de una vida organizada para el desarrollo de la contemplación. Acción y contemplación no se oponen. Con más exactitud, es una cuestión de énfasis y de la propia aptitud y vocación provenientes de Dios. El estilo de vida institucional que evolucionó gradualmente durante los siglos se ha conocido como vida activa y vida contemplativa.

Pero hay diferencias. El Espíritu inspiró varios movimientos religiosos en el transcurso de los siglos para satisfacer ciertas necesidades de la época. Cada movimiento tiene una espiritualidad especial que se retrotrae a la visión de su fundador. Pero hay que enfatizar sobre esas particularidades en detrimento de la espiritualidad esencial que pertenece a todo cristiano. **Esta realidad última es el morar del Espíritu que nos hace templos de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo**. Este punto tiene que ser recalcado con vigor: todo cristiano en virtud de la gracia del bautismo, tiene la vocación de unidad con el Padre a través de Jesucristo, en el Espíritu Santo.

Todos necesitan algún tipo de práctica para responder a su vocación. Obviamente, una regla de vida para aquellos que viven en el mundo no puede ser tan detallada como para los que están en el monasterio. Pero cada uno tiene que edificar su propio tipo de clausura en la medida que se lo permitan sus obligaciones, dejando cierto tiempo, todos los días, para la lectura espiritual y oración. Quizás, también se podría dedicar un día cada mes y una semana cada año, para estar a solas con el Señor. El propio Jesús lo aconsejó en el Evangelio cuando les dijo a los apóstoles: "Vengan ustedes solos a un lugar desierto, para descansar un poco". (Mc 6,31).

Es difícil fijar una regla de vida y serle fiel, sin la ayuda de otras personas con las mismas intenciones. Un amigo espiritual o un grupo de oración compartiendo valores similares, puede resultar de gran ayuda para mantener el entusiasmo por el crecimiento en unión con Cristo. Esta ayuda puede consistir en sostenerse mutuamente durante los inevitables períodos de sequedad, que ocurren a causa de las circunstancias o de la debilidad humana. Todas esas recomendaciones particulares podrían resumirse diciendo que una comprensión contemplativa de las enseñanzas de Cristo deben basarse firmemente en la experiencia. Hay dos clases de experiencia espiritual que podrían causar confusión a menos que las distingamos con cuidado: una es interior, la otra activa. La experiencia espiritual que resulta del desarrollo de la oración interior se produce por la afluencia del amor divino y los ríos de la fe y nos capacita para comenzar a gustar las dulzuras y bondades de Dios por el don de la sabiduría. Esto despierta el entusiasmo en la totalidad de nuestro ser.

La segunda clase de experiencia espiritual traduce ese entusiasmo en acción concreta. Esto es lo que se quiere significar por práctica de la virtud. No practicamos una virtud por sí misma, aunque esto nos ayudara para aprender a calmar nuestras emociones u disponernos para la contemplación. Practicamos una virtud por amor a Cristo. Uno de los mejores medios para hacerlo es buscar la voluntad de Dios, como se manifiesta en circunstancias y hechos comunes. Este buscar agradar a Dios y abandonar los obstáculos en nosotros que evitan que hagamos su voluntad con presteza es esencial a la práctica cristiana. Sin este esfuerzo en nuestras vidas diarias, se puede dudar del carácter auténtico de las experiencias interiores, por más hermosas o inspiradoras que aparezcan.

La experiencia interior está aparejada a la acción. Tiene la misión de ablandar nuestras disposiciones egocéntricas, librarnos de aquello que es compulsivo en nuestra motivación y abrirnos por completo a Dios y a un servicio genuino al prójimo.

El criterio de la verdadera espiritualidad cristiana, afirmada una y otra vez en el Evangelio, es el amor práctico y concreto a nuestro vecino, que nos conduce a sacrificar nuestros propios deseos, conveniencia y comodidad, para solucionar las necesidades de los demás. El mandamiento de Cristo va más allá aún: ¿Cuál es este aspecto esencial del amor de Cristo y cómo podemos vivirlo?

El amor de Cristo se manifiesta en su completa vulnerabilidad. El crucifijo es el signo y la expresión de vulnerabilidad total de Jesús: los brazos extendidos, el corazón abierto de par en par al sufrimiento y al gozo.

Por esta vulnerabilidad sufrió el dolor de la traición de Judas, lo mismo que la alegría de celebrar la Pascua con sus discípulos.

De no haber habido posibilidad de traición, no podría haber posibilidad de Eucaristía. Si los discípulos debían ser admitidos a su amistad íntima, sólo podría haber soledad y desengaño cuando lo abandonaron y huyeron. Unicamente en el corazón de alguien con una predisposición ilimitada para perdonar podría haber existido el dolor de la triple negación de Pedro y luego el gozo de reinstalarlo como jefe de los apóstoles.

Si Jesús debía escuchar la palabra de arrepentimiento del buen ladrón, tenía que oír las burlas del otro.

Si Jesús debía ser objeto de la comprensión consoladora de las mujeres de Jerusalén, tenía que soportar el odio y el desprecio de los que encontraban placer en su muerte.

Si no hubiera sido posible para él experimentar abandono por parte del Padre, no podía haber habido una profundidad infinita en su entrega total al Abba.

Si un soldado no hubiera abierto su costado con una lanza, no podría haber fluido agua y sangre, símbolos de los sacramentos dadores de vida, fluyendo de su costado.

Si Jesús no hubiera muerto verdaderamente en la Cruz, las santas mujeres no podrían haber ungido su cuerpo para su sepultura.

Si no hubiera sido enterrado en la tumba, no podría haber resucitado entre los muertos.

Vulnerabilidad significa ser herido una y otra vez, sin buscar amar menos, sino más. El amor divino es vulnerabilidad completa, pura apertura para dar. Por eso, cuando entra en el mundo, ya sea en la persona de Jesús o en la de alguno de sus discípulos, es seguro que hallará persecución y –muchas veces– la muerte. Pero también encontrará la dicha de una nueva resurrección. "Porque el amor es más fuerte que la muerte... Muchas aguas no podrán apagarlo" (Can. 8, 6-7). **Ser vulnerable significa amarnos unos a otros como Cristo nos amó.** Si no tenemos que perdonar a la gente, no tendríamos forma de manifestar el perdón de Dios hacia nosotros. Los que nos lastiman nos están haciendo un gran favor, porque nos ofrecen la oportunidad de transmitirles la misericordia que hemos recibido. Al demostrar piedad aumentamos la que recibimos. La mejor forma de recibir el amor divino es darlo, y cuanto más lo transmitamos, mayor es nuestra capacidad de recibirlo.

La Escritura habla de la raza humana como "toda carne" (Gén. 9,11), para enfatizar su identidad corpórea. Pablo enseñó que toda la familia humana sufrió a causa de un hombre, y fue redimida por intermedio de otro, a saber, Jesucristo (Rom. 5, 12-18). Aunque esta intuición de la unidad de la familia humana sea en extremo importante, también debemos recalcar el hecho que fuimos salvados, no como una multitud vasta, sino individualmente, uno por uno. Es necesario un equilibrio entre estas ideas. Hay una dimensión personal y social en todo ser humano. Necesitamos estar conscientes de nuestra responsabilidad hacia ambos.

Pablo, al desarrollar la idea del cuerpo humano como una imagen del Cuerpo Místico de Cristo, escribió: "Si un miembro padece, todos padecen con él" (I Cor. 12,26). La unidad orgánica de la familia humana se logra aún más al ser incorporada al Hijo de Dios, por su encarnación y resurrección. Esta unidad de familia humana es un aspecto del misterio de Cristo que necesita un énfasis grande en esta época. **Corta de cuajo las diferencias de razas, credo, color o nacionalidad.** Nos exige que respetemos las diferencias religiosas y culturales, en lugar de oponernos a ellas. Más aún, si se las comprende correctamente, esas diferencias son con frecuencia complementarias y apuntan al Cristo cósmico. La parábola evangélica del Buen Samaritano significa que nuestro vecino es cualquiera –todos– que esté en necesidad. En el Antiguo Testamento se nos dice: "Cuando veas al desnudo, cúbrelo y no te escondas de tu propia carne" (Is. 58,7). En otras palabras, cualquiera que sufra es uno de nosotros. Debemos sentir el peso de su necesidad porque también es la nuestra.

Extraído de *"El centro del mundo"*

La vida eterna

Muchos dicen: "Si creemos, tenemos vida eterna". ¿Cuál es esta vida que conseguimos? Se refiere, seguramente, a una bendición futura. Pero ¿qué es lo que significa vida eterna hoy? "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien han enviado" (Jn 17,3). Esta vida constituye, aquí y ahora, una nueva capacidad para conocer a Dios y al Señor Jesús.

Esto es ciertamente verdad. Cualquiera que cree en el Señor y goza vida eterna ha obtenido un conocimiento intuitivo de Dios que no poseía antes. Tener vida eterna no es un eslogan, sino una realidad que puede ser demostrada en este mismo momento. Aquellos que no tienen esta vida pueden racionalizar sobre Dios, pero no poseen un conocimiento personal de Él. Sólo después de haber recibido una nueva vida en la regeneración somos capaces de conocer a Dios intuitivamente. La gente puede que entienda la Biblia, pero su espíritu sigue muerto. Puede que estén familiarizados con la teología, pero su espíritu no ha sido vivificado. Incluso puede ocurrir que sirvan al Señor con celo, pero en su espíritu no se ha engendrado una nueva vida. La Biblia nos dice: "¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso? (Job 11,7). Ninguna cantidad de esfuerzo mental puede facilitarnos el conocimiento de Dios. Fuera del espíritu vivificado del hombre nadie es capaz de aprehenderle, ni siquiera con el cerebro. La Biblia sólo reconoce un tipo de conocimiento, y éste es el conocimiento por la intuición del espíritu.

Watchman Nee, extraído de *"El hombre espiritual"*

¿Fueron sólo doce los apóstoles? ¿Eran todos varones? -Parte II-

Rodolfo Canitano

Ingresamos en la *segunda parte* de este breve ensayo, en la que nos proponemos resaltar aspectos importantes de algunos temas expuestos en la sección previa y, sobre todo, corroborar la objetividad de nuestros enfoques aduciendo pruebas terminantes extraídas del Nuevo Testamento.

Que el relato de Marcos acerca del grupo de los Doce deba evaluarse de preferencia según su contenido *alegórico* (y no en sentido meramente *literal*) se apoya, en primera instancia, en una atendible experiencia: en el caso, ese método demuestra ser un instrumento útil y funcional (evita las obscuridades y contradicciones y crea un clima de coherencia y armonía). Pero eso no es todo; además de esa presunción favorable, es imposible ignorar la existencia milenaria del *simbolismo del número doce* (como también de otros números) en la tradición cultural del Oriente, a la que no permanece ajena la Sagrada Escritura. En ella se destaca, por ejemplo, el tema de las "doce puertas de Jerusalén", las "doce legiones de ángeles, las "doce estrellas que rodean a la mujer", las "doce tribus de Israel", etcétera.

Los especialistas en exégesis bíblica no vacilan en reconocer allí expresiones *simbólicas* que giran en torno al número doce; y mediante el análisis y el cotejo de los pasajes concordantes logran recabar su *contenido* conceptual. Pues bien, a esta misma línea de frases cargadas de sentido simbólico pertenecen aquellos textos evangélicos en que se nos informa que Jesús instituyó el grupo de los *doce discípulos*.

En el campo de las alegorías y los símbolos carecen de peso los elementos secundarios y accidentales. Así, en el texto de Marcos –que ocupa nuestra atención– no hay que aferrarse a la exactitud matemática de la cantidad, ni al estricto rigor histórico de ciertos detalles. Las personas o cosas mencionadas pueden ser en realidad doce como, también, once, quince, cincuenta o más, sin que tampoco resulte relevante su sexo o género, ni siquiera a veces su nombre, pues no se está transitando por el camino de la matemática o de la historia científica, sino por la amplia avenida de la alegoría.

En cambio, corresponde rescatar de modo preciso el *contenido específico* del simbolismo del número doce, que se relaciona estrechamente con realidades trascendentales, como: "valores y hechos decisivos en la historia de la salvación; designio o elección de parte de Dios, con despliegue de gracia, poder y misericordia; y, de parte de las criaturas involucradas y comprometidas en ello, actitudes de amor, fidelidad y perseverancia".

Salta a la vista la relación entre el relato del *grupo de los Doce* y la descripción de la *primera alianza* entablada con Israel, el país de las *doce tribus*. Así como otrora Dios decidió con toda gratuidad que su *pueblo elegido* fuese el de Israel, formado por *doce tribus*, de igual modo Jesucristo, el enviado del Padre, el Mesías ansiosamente esperado, inaugura ahora otra etapa de la historia salvífica, a fin de establecer las bases de un *renovado pueblo de Dios* y de una *nueva alianza* que, cuando llegue la hora, será sellada con la sangre del sacrificio sobre el madero de la cruz.

De este cambio, instituido por Cristo, son beneficiarios, junto con los israelitas, los habitantes del *mundo entero*. En adelante, todos podrán ser partícipes del pueblo de Dios, y a todos se extenderá la alianza. Y esa totalidad está figurada o representada en los "Doce" elegidos por el divino Maestro, los cuales vienen a significar la recomposición o el *restablecimiento espiritual* y moral de las doce tribus de Israel que, a la sazón, ya están en gran parte desaparecidas y dispersas…

En el plan de Dios es innegable la iniciativa preferencial en torno a Israel, a través del cual –en cuanto pueblo– habría de llegar la redención del mundo, bajo la conducción de Cristo, el Mesías. Pero el Creador hasta tal punto respeta la libertad de los hombres que éstos, en cierto modo, parecen poner en jaque su plan redentor. Aunque, finalmente, siendo él, como es, tan poderoso y sabio, –y tan lleno de misericordia– siempre encuentra los medios de escribir derecho sobre líneas torcidas, y trocar grandes males en incomparables beneficios.

Es ésta la ocasión de aclarar que el rechazo de Jesús como Mesías no implica necesariamente para Israel su exclusión como pueblo elegido, ni la revocación de la antigua alianza. Ambas realidades siguen vigentes como la raíz de todo lo nuevo establecido por Cristo, el cual no vino para abolir y suprimir, sino para profundizar, universalizar y perfeccionar el proyecto de salvación cuyo inconmovible fundamento es el Amor.

Por esta parte, ya hay suficiente motivación para atenerse al sentido simbólico y evadirse así del estrecho círculo que pretende imponer la lista de los "doce apóstoles"… Pero, afortunadamente, esa motivación es confirmada y documentada por contundentes testimonios neotestamentarios, que *invalidan* la hipótesis de que Jesús haya constituido como *únicos apóstoles* a los "Doce" mencionados en el pasaje en cuestión. De lo contrario, ¿qué sucedería con san Pablo? Quedaría simplemente excluido de ese honor y responsabilidad. Sin embargo, nadie puede poner en duda que fue auténtico apóstol, ¡y qué apóstol!... Para convencerse basta con echar un vistazo a sus Cartas y al libro de los Hechos. Sin embargo, al momento de contar hacemos mal la suma y nos quedamos con aquello de los "doce apóstoles"… Por lo pronto, ya son trece.

La cifra aumenta con un candidato más, cuando Felipe convoca a Natanael (Juan 1, 45-51), al que Jesús recibe elogiosamente. Y son endebles las razones de quienes pretenden identificarlo con Bartolomé, para salvar la exacta cantidad de la lista, que ya está bastante excedida…

El libro de los Hechos (14, 1-14) nos presenta también a Bernabé como apóstol, a la par de Pablo, y va uno más…

Pero el número se incrementa considerablemente si rastreamos las Cartas paulinas, que fueron escritas *pocos años* después de la resurrección de Jesús, cuando aún resonaban los ecos de su mensaje de salvación y de su proyecto eclesial. Por medio de ellas nos informamos acerca de múltiples apóstoles que no se cuentan entre los "Doce", y que trabajaron en la proclamación del Reino de Dios.

Es el caso, por ejemplo, de Silvano y Timoteo (1Tes 1, 1); Santiago –el primo de Jesús, no el hermano de Juan– (Gál 1, 19); Apolo (1Cor 4, 6-9); Andrónico y Junia… ¡Sí! Junia, una *mujer* que, al igual que Andrónico y junto con él, es calificada no sólo de apóstol, sino de "insigne apóstol" (Rom 16, 7); Febe (otra mujer) es *diácono* lo mismo que varios *dirigentes varones*, y no "diaconisa", como interpretan algunas versiones bíblicas (Rom 16, 1); también Prisca, esposa de Aquila (Rom 16, 3), aparece a menudo en la correspondencia de Pablo desempeñando una labor pastoral destacada y siempre se la menciona *antes* que al marido, aunque entonces era de rigor que éste fuese nombrado en primer término.

San Pablo, en la Carta a los Filipenses (4, 2-3), se refiere a dos mujeres, Evodia y Síntique, que lucharon por el evangelio, al mismo nivel que los apóstoles; y en el *encabezamiento* de la Carta a Filemón incluye el nombre de "Apia, la hermana", lo que permite suponer en ella una especial responsabilidad en la comunidad cristiana. Se pueden citar muchos otros testimonios, pero con riesgo de extender demasiado la presente exposición…

Conclusión: podemos responder concretamente a las *preguntas que titulan este trabajo*, reconociendo que los apóstoles *no fueron sólo doce* sino muchísimos más, y que no todos ellos eran varones, puesto que *también había alguna mujer* con ese rol, de acuerdo con los datos bíblicos.

La noche de un hombre viejo

En Juan 3, 1-10 encontramos el relato del encuentro de Jesús con Nicodemo. Con la mezcla justa de rigor e imaginación podemos comprender este encuentro explicitando todo lo que el texto nos cuenta, aunque no lo diga explícitamente.

Nicodemo era un fariseo, una autoridad entre los judíos, un hombre mayor y creyente apasionado. Había dedicado largo tiempo al estudio de la Ley y era un hombre consciente de sí mismo, respetuoso de la verdad, tolerante y abierto. Sin embargo, ¿qué hace que un hombre viejo busque a un joven maestro, para colmo un explícito reformista de todo aquello en lo que él y su gente cree sin vacilación?

No es tan difícil imaginar los conflictos de Nicodemo. En su corazón se agita un intenso drama existencial. Es un hombre mayor que siente el peso del tiempo, ya está cansado, se da cuenta que ya no se involucra en las luchas con la misma pasión de antes, hay muchas cosas que ya no le parecen importantes y otras que francamente le parecen tonterías. Sin embargo, su corazón aún siente el anhelo de la verdad y no quiere que la indiferencia avance sobre su alma, y a ratos percibe en sí mismo una frialdad que lo asusta. Lleva tantos años practicando y defendiendo un determinado modo de vivir la fe de Abraham, que a veces no distingue si su fidelidad nace de la fuerza de su fe o del peso de las apuestas hechas y la inercia de la costumbre. Si es totalmente honesto tiene que reconocer que se siente estéril. A pesar de ello, a ratos lo invade una intensa sed de renovación. De todos modos sabe que continuará en lo mismo, conoce muy bien el tamaño de su prudencia, jamás se atreverá a dar pasos riesgosos, pasos que pongan en peligro todo lo que ha logrado ser y hacer. Sin embargo, hay días en que nota tan viva en sí mismo la fuerza de la esperanza, que se siente capaz de hacer cualquier cosa. La fecundidad aún no lo abandona del todo, pero percibe que a medida que pasa el tiempo parece que la noche lo va envolviendo.

A la distancia ha seguido los pasos de este nuevo Rabí y a pesar de las veces que ha chocado con los fariseos, nota en él, el fuego de la verdad que lo habita. Muchas veces ha sentido la tentación de hablarle. Nadie es capaz de realizar las señales que lo ha visto realizar, si Dios no está con él. Una de estas noches, tal vez...

El secreto de vivir

Jesús reconoció rápidamente el conflicto interno de Nicodemo, más allá de las medidas palabras con que lo saludó, y se decidió a ser franco y directo con él: "te aseguro que si uno no nace de nuevo no puede vislumbrar el reino de Dios". Ese es el secreto que Nicodemo estaba buscando, cómo hacer para vivir todas las etapas y circunstancias de la vida.

Nicodemo era un hombre culto y refinado. Se dio cuenta inmediatamente de lo que Jesús le estaba diciendo, sobre todo se dio cuenta del desafío que eso implicaba para un hombre como él. La propuesta de Jesús se dio de lleno en el corazón del drama de Nicodemo. Él quería que en su vida hubiera más fuego de verdad, más renovación y esperanzas satisfechas, pero no quería renunciar a las antiguas verdades, ni a las antiguas prácticas, ni poner en riesgo sus logros. Nicodemo se daba cuenta que lo que Jesús le proponía era como si a un hombre viejo como él, se le dijera que debía volver, por segunda vez, al seno de su madre para ser parido nuevamente. Simplemente no lo creía posible. ¿Cómo podría él renunciar a todo lo que era, tenía, creía y vivía para repensarlo todo y volver a comenzar?, ¿de dónde iban a salir la fortaleza, la confianza y la audacia necesarias para semejante empresa? No parecía un camino muy viable, al menos no para él. Puede ser que el secreto fuera volver a nacer, pero para él parecía ya tarde...

Los dones del agua y el Espíritu

Jesús había sido franco, directo y radical, y notó el impacto que esto le hizo a Nicodemo. Había borrado de una sola plumada todas las precarias seguridades en las que Nicodemo venía sosteniendo su vida. Había que contenerlo. Por eso, agregó: "pues sí, te aseguro que si uno no cane del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios".

No había necesidad de abundar en explicaciones. Todo judío sabe el sentido y el lugar que ocupa el agua en la religiosidad: lava, limpia, depura, purifica. El agua tiene el don de hacer que las cosas recuperen la identidad perdida, que vuelvan a ser lo que son, libera de esa patina con que el tiempo todo lo cubre y lo oculta, haciendo que todo vuelva a ser nuevo. Nacer de nuevo es sumergir nuestra vida en una criba de la purificación, permitiendo que aflore lo esencial.

Tampoco había necesidad de explicar que la purificación nos hace volver a estar desnudos delante de Dios; volver a recibir el soplo original que nos deposita en la vida, fecunda y creativamente, porque es 100 % fe y 0 % duda.

Con la melodía que silba el viento

Nicodemo no salía de su perplejidad. Todo lo que escuchaba lo había oído y repetido muchas veces, pero nunca le había sonado tan nuevo como sonaba en boca de Jesús. "¡No te extrañes!", le escuchó decir. El que ha nacido del Espíritu es alguien que abandonó los rígidos parámetros de orientación, está libre de las preocupaciones por el origen y el destino de su vida. No sabe de dónde viene ni a dónde va, se abandona. Lo único que hace es danzar al compás de la música que silba el viento.

El sensible corazón de Nicodemo percibió con toda claridad por qué sus pasos lo habían llevado a Jesús. Nada podía estar más lejos de las viejas recetas que había ensayado, pero tenía sentido. Jesús le estaba diciendo que dejara de ser el hombre prudente, cauteloso, cumplidor, moderado, solícito y mesurado que había sido, hasta ahora para pasar a ser el hombre audaz, decidido, transgresor, apasionado, arriesgado y valiente que siempre había añorado ser.

Se dio cuenta que en su infinita misericordia, Yavé le estaba dando una segunda oportunidad, que para él no era demasiado tarde como había creído.

Lo que sabe un maestro

Con las últimas reservas de su resistencia, Nicodemo balbucea, ¿cómo es posible que eso suceda? Entonces Jesús le puso palabras a los más íntimos pensamientos de Nicodemo. ¿Cómo es posible que yo, un hombre viejo, un maestro de Israel, no me haya dado cuenta hasta ahora que lo que Dios espera de mí es que lo deje ser el Dios de mi vida, que abandone el asiento del conductor y se lo ceda a él?

Ahora se daba cuenta que la fecundidad, la novedad y transformación que anhelaba para su vida no podían venir sino del modo en que Jesús le proponía. Le avergonzaba descubrir que había estado haciendo lo que siempre hizo, creyendo lo que siempre creyó y viviendo del modo que siempre vivió, esperando resultados distintos. Ahora parecía una locura hacer lo mismo de siempre y esperar que se produzcan cambios.

El reproche final de Jesús había puesto una rúbrica a lo que todo maestro sabe: la vida no es crecimiento, es metamorfosis, metanoia, epístrofe. Es cambio de forma, de modo de ver y del camino a seguir. Todo maestro sabe que somos como una oruga que aguarda en silencio el momento de transformarse en mariposa.

Ana María Díaz

Nacer de nuevo

Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere otra vez (del griego anothen), no puede ver el reino de Dios. (Jn 3, 3-4)

La respuesta de Jesús es abrupta, particularmente dada la presentación tan respetuosa de Nicodemus. La respuesta de Jesús refleja el hecho que él y Nicodemo "no pueden conversar de forma significativa" porque ellos "discurren en dos reinos diferentes;...su conversación es como dos barcos que se cruzan en la noche".

"El que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios". El nacer se puede considerar por el lado del padre, cuyo verbo es 'engendrar' o por el lado de la madre, cuyo verbo es 'parir.' La metáfora Johanina usa el significado anterior, 'engendrar', entonces, Jesús está diciendo que necesitamos ser engendrados dos veces, la segunda por el Padre Celestial.

La idea de renacer no es una novedad de Jesús. El pueblo judío considera que los prosélitos nacen de nuevo con su conversión al judaísmo. La idea de un renacimiento ocurre frecuentemente en el Nuevo Testamento (Rom 6:1-11; 1 Cor 3:1-2; 2 Cor 5:17; Gal 6:15; Eph 4:22-24; Titus 3:5; Heb 5:12-14; 1 Pet 1:3, 22-23).

La palabra griega *anothen* tiene un doble sentido: "de nuevo" y "de lo alto", una ambigüedad que enriquece este versículo. ¿Debemos nacer de nuevo o nacer de lo alto? ¡Ambos!

Los cristianos a menudo disminuimos el significado de "nacido *anothen*", enfatizando el tomar una decisión a favor de Cristo que resulta con un nuevo nacimiento– la acción es nuestra. "Nacido *anothen,*" sin embargo, es muy diferente. "Los bebés no deciden nacer... Dios es el personaje principal en este pasaje" (Johnson): la acción es de Dios.

La palabra "Reino" aparece frecuentemente en los Sinópticos. El énfasis de este Evangelio, sin embargo, está en la vida eterna. Nicodemus pensaría en el Reino de Dios como su recompensa celestial por una vida bien vivida, pero los Sinópticos dejan claro que el Reino "está cerca" (Marcos 1:15). En el Evangelio de Juan, la vida eterna tiene ese mismo sentido inmediato: La persona que cree en Jesús "tiene vida eterna" (5:24; 6:47).

Dícele Nicodemo: ¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo? ¿Puede entrar otra vez en el vientre de su madre, y nacer? (Jn 3, 4-5)

Nicodemo interpreta las palabras de Jesús como un renacer físico en vez de espiritual. Lo más probable es que, dándose cuenta de lo radical que es la demanda de Jesús, Nicodemo prefiera malinterpretar. Encontraría natural pensar de un prosélito renazca después de convertirse al judaísmo, pero no sería natural pensar que un fariseo, un líder del pueblo judío, necesitara nacer *anothen* (de nuevo) de lo alto. Desde esta perspectiva, la salvación de Dios se basa en la adhesión a la ley del Tora. Consideraría a los judíos y los prosélitos como la única gente leal a la ley del Tora, y se consideraría a sí mismo entre los mejores judíos en esta cuestión. Seguramente, para él, su entrada en el reino de Dios está asegurada.

Pero Jesús dijo que nadie puede ver el Reino a no ser que él o ella nazca *anothen* de lo alto. Esto le roba a Nicodemo de la iniciativa y la pone en las manos de Dios. No importa lo cuidadosamente que Nicodemus obedezca la ley del Tora, se requiere algo más: su renacer. Esto es algo sobre lo que él no tiene control: nadie controla su propio renacer. Todos encontramos difícil perder control, hacer lo mejor que podemos y saber que con eso no llega. Para alguien como Nicodemo, quien se ha adherido tanto a la ley y ha llegado a una alta posición religiosa en su comunidad, sería particularmente difícil. No es raro que prefiera oír las palabras de Jesús pensando en un renacer físico en vez de espiritual.

Richard Niell Donovan

El otro, ese misterio de unidad y diferencia

Por **Olivier Clement**

El Occidente descubre hoy el oriente lejano, los orientes interiores (...). Este descubrimiento pone en cuestión no solamente cierto provincianismo cristiano, sino al cristianismo mismo. ¿Para qué Cristo, si cada hombre, utilizando una rigurosa técnica de la interioridad, puede tomar conciencia de su Yo divino, de su esencia transindividual que coincide con la esencia de todas las cosas? ¿Qué significa el Dios de la Biblia y su diálogo con el hombre, si se trata, arrancando las envolturas del Sí mismo, de alcanzar a la Conciencia suprema, al Todo de todo? ¿Si, en el *samadhi*, ese "recogimiento estable en el interior", *toda diferencia desaparece* entre aquél que contempla, aquél que es contemplado y el acto mismo de contemplación? ¿Si el ego fluyente y múltiple del ser inmóvil y uno se reabsorbe en una plenitud inefable donde se pierde el hombre "¿como el grano de sal se disuelve en el agua, como la gota de agua se une al mar?" ¿Qué significan las pretensiones del cristianismo de contener la revelación última de la verdad, si existe un Conocimiento inicial, transformante, que está en el fondo de todas las religiones y sobrepasa sus fronteras? (...).

Un cristianismo renovado es el que puede comprender y rectificar la nueva gnosis que aparece hoy un poco por todas partes. (...)

El docetismo del hindú no se refiere sólo a la humanidad del *avatara*, sino a la humanidad en general, a la misma consistencia del universo. Lo que los judíos y los cristianos llaman la creación, no tiene ninguna realidad para la India. Es sólo una especie de condensación del absoluto al mismo tiempo que una ilusión que lo vela. Es a la vez la máscara y el juego de lo divino. El absoluto, o más bien "eso" de lo que no se puede hablar nada más que en términos negativos, en términos de "no-dualidad", de alguna manera se desdobla (de ahí todo un simbolismo sexual): por un lado aparece el Dios personal, por el otro el mundo. Pero tanto uno como otro son ilusorios. Todo debe absorberse en el abismo transpersonal: sea enseguida por el "conocimiento", la lucidez desasida del "liberado viviente", sea periódicamente, por el juego de los ciclos que son como la respiración del abismo... El yogui se retira de la energía cósmica del juego de las apariencias, después, por esta mediación del cosmos a la vez interiorizada y abolida, se establece en la conciencia absoluta del Real indecible...

Estamos lejos aquí, de la concepción bíblica y cristiana donde no hay ningún lugar para lo trans-personal, donde el misterio inagotable se enraiza, se origina en la persona y en la comunión de personas: precisamente inagotable porque la persona, en el don de ella misma, en el don del ser, está siempre más allá, escapa a la coincidencia. El conocimiento y el amor se identifican. La unión deificante se realiza por la gracia de una relación personal.

Me parece que para la India, como para la concepción platónica del *eros*, el amor espiritual no considera al prójimo en su diferencia. El prójimo continúa siendo un medio (y qué importa, puesto que él también se despoja de sí mismo hasta el único Yo), la existencia del prójimo constituye como una rampa de lanzamiento para una experiencia mística que le borra... El *eros* va del hombre a lo divino utilizándolo, atravesándolo, olvidando al prójimo (...). El hindú no tiene inquietud espiritual, la mayor parte de los testigos lo señalaban: todo le sirve para saborear la plenitud. Todo, incluyendo al prójimo, incluyendo las personalizaciones precarias de lo divino. En *La Quete de l'Absolu,* donde expresa la última etapa de su pensamiento, después de una experiencia, larga y crucificante en la India, Monchanin escribía: "La creación se evapora ante la pureza absoluta e indiferenciada del *brahman*. No son posibles para el hombre ni el amor, ni el conocimiento de Dios, ni la gracia, y ni aún el conocimiento de Dios por Dios".

Ciertamente, en la predicación de Buda, encontramos llamadas al "amor de todos los seres vivientes". Este amor pasión, la *maitri,* se sitúa por encima de las proezas ascéticas (...). Pero no podemos dejar de preguntarnos: *quién* es el prójimo para el budismo, y más ampliamente para la India, puesto que el budismo original es un hinduismo "desmitificado es sólo un agregado psicofisiológico reunido momentáneamente por la congénita sed de existir, por esa iluminación ilusoria que Buda ha denunciado en su célebre "sermón del fuego". El budista debe pues amar el yo del otro tan poco como el suyo propio. Y ciertamente, el yo, el sujeto, son múltiples y manifiestos, como lo subrayan hoy las ciencias humanas. ¿Percibe el budista, por encima o más allá, este misterio de unidad y de diferencia que la tradición cristiana denomina la persona? Cuestión inmensa, a la que es muy difícil responder... Están los textos y las actitudes. Unos y otros sugieren que el budista –y el hindú– no concibe el Yo del otro como diferente del suyo propio: "He recorrido el mismo ". Cuando, por medio de ese extraordinario despojamiento ascético del cual ha jalonado la India, metódicamente, las etapas, el hombre llega a ese centro, el más central, que podría ser la entrada en el reino de las personas, entonces precisamente ya no hay nadie, ni el otro, ni Dios: solamente el océano donde se disuelven los muñecos de sal, océano del vacío, dice el budismo, de la plenitud, dice el hinduismo. Y ese vacío, esa plenitud, designan sin duda un mismo estado, cerrado o abierto, como el saber, aún cuando la diferencia de los vocabularios, y por otra parte de las ascesis, crea sensibilidades diferentes: un ramo de flores hindú es una masa apretada, densa, intensa, casi pesada de colores y perfumes; un ramillete extremo-oriental, es un juego de signos que permiten leer el vacío...

La *maitri* no considera ni busca al otro como tal, sino que busca el estado de liberación, el *nirvana*. Y en el nirvana ya no hay amor, puesto que no subsiste ninguna diferencia. La persona, en el momento en que nace en el "despertar", se anula, coincide con las otras personas, desaparece con ellas. La persona no llega al absoluto. Quien accede al absoluto ya no es persona y no conoce ya personas: ha atravesado la ilusión del fuego, ha pasado más allá de los rostros. El amor cuando podría hacerse realmente amante, se repliega en el vacío universal del nirvana, o en la plenitud "no dual" del Sí mismo. En definitiva ¿quién es el prójimo, sino el Sí mismo, o la Nada, jugando en las apariencias? Entonces la *maitri* se neutraliza, se desliza hacia el desasimiento total, los párpados del "despertado" se cierran: "Quien tiene cien clases de amor tiene cien clases de dolor; quien no tiene amor no tiene dolor", predicó Buda.

Me parece que lo que falta, es la revelación trinitaria que funda en Dios no solamente la unidad, sino la diferencia. El asceta cristiano, en lo más central de sí mismo, encuentra al Amor como absoluto: se acepta a sí mismo por la gracia y recibe al otro como una gracia. A través de la pobre individualidad del prójimo descubre la perla luminosa de la persona. No pasa por encima del rostro, se abre a su identidad. El Espíritu le muestra en el rostro, en el icono de Cristo, en el rostro, en el icono del prójimo, la Faz misteriosa del Padre. Cuanto más coincide con el otro en Cristo, el otro se le aparece más en su diferencia inagotable. La unidad –una unidad integral "no dual" como dice la India cuyo enfoque negativo del misterio nos es indispensable–, la unidad no anula la diferencia sino que la refuerza, porque esto es así antes en Dios.

El gran valor de la soledad buscada

El filósofo francés Blaise Pascal es el autor de esta curiosa frase: "Las desgracias de los hombres provienen de una sola fuente: no saben estar a solas en su habitación"

Solamente quien ama la soledad es capaz de reflexionar y quien reflexiona puede evitar múltiples desgracias. La reflexión en la soledad ayuda a la maduración psicológica de la persona. La soledad buscada, querida y cultivada es una fuente fecunda de sabiduría.

"Sólo en soledad se siente la sed de la verdad", dice la ensayista española María Zambrano. La soledad es buscadora y dadora de verdad. Quien no sabe estar a solas en su habitación se mueve superficialmente por la vida, y la superficialidad engendra aburrimiento y sinsentido.

Saber estar a solas es un eficaz remedio contra la superficialidad, contra la rutina, contra el sinsentido. La soledad de la habitación nos brinda una excelente oportunidad para poner orden en nuestro interior, para meditar, para rezar y para proyectar serenamente nuestra actividad. En la soledad, nuestro yo y las personas de los demás adquieren una nueva dimensión.

La soledad querida y buscada es una excelente plataforma desde donde se puede captar el profundo significado de Dios, de los otros, de uno mismo y de las cosas. La soledad querida y buscada es la verdadera compañía. Lo expresa magistralmente Antonio Machado con aquel verso: "Oh soledad, mi sola compañía". Y el sabio Epicuro recomienda: "Refúgiate dentro de ti mismo, sobre todo cuando necesites compañía".

Joan Bestard Comas

Mensaje de la Iglesia

¿Cuál es en definitiva el mensaje fundamental que la Iglesia tiene que presentarle a la humanidad? El mensaje fundamental que la Iglesia tiene que decir a la humanidad entera es muy sencillo: es que el Creador que hizo la tierra con todas sus maravillas y todos sus misterios, el Creador que hizo el cosmos con toda su infinitud, ese mismo Creador, por su voluntad, es Padre nuestro, y al serlo es la solución al primer gran problema que todo hombre tiene en el fondo de su corazón: el misterio de su existencia, el misterio del más allá, la orfandad que en lo profundo de su alma siente todo hombre al pensar en su vida después de la muerte. Ese Padre quiere tener con nosotros verdaderas relaciones de padre e hijo. Y esto doblemente, primero porque nos creó con amor de Padre, y segundo porque nos envió a su Hijo para que fuese hermano nuestro. De allí se deriva, inmediatamente otra enorme verdad: que todos los hombres somos hermanos, y que, por tanto, el amor tiene que ser la única gran ley universal de la cual se deriven todas las demás leyes.

Urge que la Iglesia purifique sus dogmas de toda la hojarasca que se les ha ido añadiendo a lo largo de los siglos; urge que les sacuda el polvo de dos milenios. Urge darle brillo a los verdaderos dogmas, y urge relegar, a meras creencias, muchas de las cosas que hoy tenemos en el pedestal de los dogmas.

Salvador Freixedo

El árbol que soñó con ser un bosque

Los maestros

Tal vez, Señor, les concediste
el nombre más grave de tu Verbo.
El mismo que llevabas
multiplicando panes,
multiplicando peces;
enseñando a las gentes
en el nombre del Padre,
en el nombre del trigo
y del viento y del ave.
Sin el grito en los labios.
Un arado, sin huella, los unció
a tu costado con la difícil carga
del labriego ignorado:
mejorar las cosechas
en las tierras ajenas,
donde ya se ha sembrado;
aunque la propia tierra
se vaya desangrando
por el otro costado.
Destino de labriegos
y de pastores claros,
el huerto, las sandalias,
la lámpara en la mano.
A veces no es propicia la luna campesina
que los va acompañando
y si no recuperan el tiempo de semillas se
les irá un verano.
Separarán las aguas
si el río no les deja vislumbrar el camino,
dejarán el rebaño por buscar una sola
que en algún dolor viejo estará perdida.
Hay que tornarla al predio,
sin el vellón herido.
Ensayan ese rito,
que inexorablemente repetirán los siglos:
si la pasion es fuerte
cuando llega, en la siesta,
se maduran los trigos.

El árbol del asfalto

Alguna vez,
soñó con ser un bosque
y estrechar la cintura azul amada
de su campanilla enamorada;
pero crece con raíces de cemento
frente al mandato gris
de un muro ciego.
Su cuello se ha
ondulado en un
esfuerzo
de vértebra
y angustia,
por encontrar
el cielo.
Vano intento.
Tendría que trepar
el rascacielos.
No hay uno de esos
monstruos
verde -ojos
que espían en los
troncos
para contar historias
con insomnios,
ni una arañita
mórbida se trepa
por el costado gris de sus caderas.
A veces, viene un pájaro que canta
con un poco de acero en la garganta.
Pasan niños, hombres y palomas.
Llueve sin darse cuenta... una lluvia
que ha perdido la memoria
y el aire se desangra sin remedio
tras el tajo veloz de una sirena.
Él... todavía intenta ramas nuevas.
¿Cómo soportará la primavera?

Los días del mapuche

En el principio era el valle...
y más arriba el río.
No había otro motivo.
El ojo del avestruz medía el tiempo
de la flecha veloz al cañadón.
La tierra era de peces y de frutos
condominio mapuche con el sol.
Una mañana vino
el fuego:
siete espadas... un ángel
y el retumbar del trueno.
El caballo con alas
remontaba a un jinete
que llegó a usar
en trueque
la moneda de plata
de la luna.
El mapuche lloró.
Abandonó su lengua
arrullo-niño
y escuchó en las estrellas
del destino
otras voces que nunca
había oído
en su mensajería del
hechizo.
Perdió el valle y el río,
y el venado que le estaba prometido.
Puso a morir sus dioses
del miedo y escarmiento
y se volvió de nada... como el viento.
Aquellos fueron los días del mapuche.
Días de la primera palabra pronunciada...
Letanías.
Historias de una raza que se negó a su
cercana infancia de libre alfarería...
Aquellos fueron los días del mapuche.
Si no regresan
no durarán los días en América.

Escribe:
Victoria Laina

Docente y Perita en Psicopedagogía, Victoria Laina fue ex-guionista del equipo de Tecnología Educativa de la Secretaría de Educación de la Ciudad de Buenos Aires. Asimismo, integró el grupo seleccionado para elaborar el plan de alfabetización a Distancia patrocinado por la UNESCO y dictado por el doctor Alberto Manzi, especialista de la R.A.I. También dictó conferencias sobre : "Pedagogía de la Imagen" y "Uso del Videocasete en el Aula" en la Feria Internacional del Libro y Centro Cultural General San Martín.
Ha sido distinguida con el 1º Premio Salón del Poema Ilustrado del Ateneo Popular de La Boca años 1997 y 2001; el Premio Alejandra Pizarnik, 1992; el Premio José Martí, 2002, y el Premio Pablo Neruda, 2003.

Si hubiera más políticos
que supieran de poesía,
y más poetas que entendieran
de política,
el mundo sería un lugar un poco
mejor para vivir.

John Fitzgerald Kennedy

Humor, sentido y agresividad

Por **Fernando Proto Gutierrez**

Plantearé el problema metafísico en Heidegger mediante un ejemplo sencillo: en un bus rumbo a Buenos Aires, un viajante, antes de descender, se pregunta "**¿Por qué me has traído al mundo, Dios?**" Luego, comienza a cantar, indiferente a la mirada atónita de los demás pasajeros.

Heidegger escribe que "el hombre individual, tanto en los pueblos en su proceso histórico a través del tiempo, pregunta muchas cosas. Se informa, registra y examina todo género de cuestiones antes de tropezar con la pregunta **¿por qué es en general el ser y no más bien la nada?** Muchos, en resumidas cuentas, jamás dan con esa cuestión, si por ella entendemos no sólo oír o leer la proposición interrogativa, en tanto es dicha, sino un preguntar la pregunta, es decir, un producirla, plantearla, ponerse en condiciones de formularla. Y, sin embargo… Todos, alguna vez, o quizás hasta con cierta frecuencia, hemos sido rozados por su oculto poder, sin entender con precisión lo que nos ocurría" (*Introducción a la Metafísica*).

La indagación (o clamor) "¿Por qué me has traído al mundo, Dios?" supone definitivamente, y en un plano inconsciente, haber rozado la pregunta "*¿por qué es el ser en general y no más bien la nada?*". En efecto, se da un salto cualitativo, un salto originario (Ursprung) por el cual toda la existencia, o bien, toda la serie óntica (para enfatizar mejor el concepto de totalidad), es abarcada por la pregunta. Así, la pregunta y el hombre mismo saltan hacia el abismo de lo contingente hacia la conciencia de finitud, que, habiéndose examinado a sí misma, verifica que **todo lo que realmente es, bien pudo jamás haber sido**.

Es un salto cualitativo puesto que se traspasa, súbitamente, desde el orden determinado, lógico, óntico y condicionado, camino hacia una dimensión indeterminada, absurda, ontológica e incognoscible; la indiferencia del humor pesa en este punto, pues en el instante cómico son abandonadas no solamente las leyes de las ciencias empíricas, sino también la ley moral. Marcos Victoria (*Ensayo Preliminar sobre lo cómico*) menciona, en este aspecto, que la tragedia requiere el movimiento emocional del espectador, en tanto lo cómico exige cierta distancia, sin entrar necesariamente en contacto con el cinismo; no obstante, el destino del presente análisis es otro.

¿Cuáles son las condiciones necesarias para el suceso cómico?

Propondremos tres escenarios, ya mencionados, aunque dignos de ser reformados y a la espera indiferente de nuevos aportes:

* La existencia de un sentido que fundamente el ser y el deber.
* El principio de identidad en su aspecto gramatical (y no metafísico).
* El orden determinado, condicionado y lógico.

Luego, el sin-sentido practicado en la permutación de las reglas gramaticales y la diferencia entre lo enunciado y lo referido, permitirá lanzarse hacia la meta-lógica, de modo que la condición universal y necesaria del humor, es la osadía ob-ligada al coraje y a la agresividad. No en vano han sido adscriptas tales palabras, pues, su etimología imagina los rituales iniciáticos greco-egipcios: la agresión de la inteligencia quiebra el orden óntico, fundiéndose en la condición finita, aceptando la contingencia y entregándose a la voluntad de Dios. En Egipto, el espíritu del fallecido, guiado por Anubis, era juzgado ante el Tribunal de Osiris (es admisible validar el mismo ejemplo para el enfrentamiento entre Horus-Teseo ante el Minotauro). Osiris extraía el corazón del muerto, lo colocaba en el platillo de una balanza, contrapesándolo con la pluma de Maat: si las conductas morales en la vida pasada habían sido correctas, el muerto retornaba a la inmortalidad momificada. Empero, son la osadía, el coraje y la agresividad los constitutivos del viaje hacia la muerte, correspondiéndole al héroe marchar contra el orden causacional, saltar como Odiseo hacia la conciencia de su finitud, y poner su corazón a la merced del juicio divino, porque, **si bien todos rozan la pregunta, no todos saltan**.

Es evidente que el hecho humorístico no concita arrancarse el corazón y entregárselo a los sacerdotes, pero su aguda seriedad exige, al igual que al héroe trágico, sacrificarse, en su sentido más estricto: hacerse sagrado en relación al espectador (para los actores ateos) y en relación a Dios (para los actores helenos); ofrendarse en cuanto sujeto de expiación popular o bien, en cuanto criatura que reconoce el don, la riqueza de ser; no obstante, en ambos sentidos se buscará la comunión o con el espectador (el que espera), o con Dios, o ambas sincrónicamente, como se daba en la antigüedad.

El proto-salto efectuado por el suceso cómico, pone al hombre en contacto directo con su contingencia, el sin-sentido del orden natural o las contrariedades de la ley moral, pues, el humor pone finalmente de manifiesto la desproporcionada belleza del hombre respecto de lo infinito, lo trascendente y lo meta-lógico: no se trata de la emoción trágica, sino de una indiferencia sustentada en la aguda sensibilidad de la inteligencia que agresivamente rompe los esquemas establecidos, para «danzar sobre el abismo» (Nietzsche, F., *La gaya ciencia*).

Los niveles del Evangelio

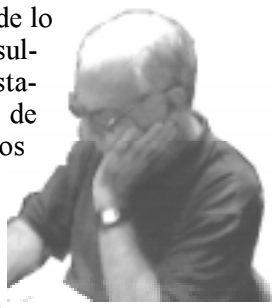
Las Sagradas Escrituras, pueden ser tomadas de acuerdo a variadas situaciones o a los distintos factores que intervengan en cada circunstancia. Así, podemos decir que ***guardan correspondencia con una predisposición natural, estado de ánimo, nivel de consciencia, etc., de quien las lee.***

De la misma forma, y en el caso particular de los Evangelios, si bien podría haber intervenido algún factor de los citados , no debemos dejar de tener en cuenta, que ***sólo debe importarnos el carácter sublime que dio lugar a ellos.***

Tanto del lado del lector, como del de los traductores, indefectiblemente, se está expuesto a inferirles un "toque" personal o a "literalizar", total o parcialmente su verdadero significado y haciendo gala de lo histórico o temporal, se descuide el aspecto sagrado que en sí contiene.

En relación a ello y sin tratar de definir o "limitar" el infinito alcance que contienen, estudiosos y expertos nos hablan de por lo menos cuatro niveles, tanto de interpretación, cuanto de traducción; esto es: **Literal:** *el nivel más bajo por tratarse de conceptos vertidos de manera lineal y desconociendo la importancia de la esencia en sus figuras, es tomado de manera contingente para ser vulgarizado y darle la tendencia que se pretenda.* **Analógico:** *es el que a través de un discernimiento profundo, traza y relaciona espontáneamente la correspondencia que existe entre lo divino y lo humano.* **Tropológico:** *por medio de los atributos que reporta la experiencia en los "Misterios Menores", consigue simbolizar con parábolas o alegóricamente, la Verdad que de ellos proviene.* **Anagógico:** *éste es el más elevado de todos los estados reconocidos; su sentido místico sólo es alcanzado por quienes consiguen trascender el estado humano y a través de la enajenación de su propia alma logran elevarse hasta la contemplación de las cosas divinas y develar o "realizar", los "Misterios Mayores".*

De suyo surge que sólo quien se desinterese de inferirle el sentido moralizador que se le da desde lo literal y hoy le resulte insuficiente, estará en capacidad de acceder a estados de consciencia que en concomitancia con el Ser, connotarán en los consabidos atributos que le permitan "escalar" hasta lo más enaltecido de sus intenciones y con ello discernir intuitivamente de qué se trata lo expuesto.



Héctor Roedelsperger

El escondite de Dios

En una pequeña aldea, un hombre contemplaba un pozo. Se acercó un niño:
– ¿Quién está ahí dentro? - preguntó el pequeño.
– Dios.
– ¿Dios está escondido dentro de este pozo?
– Sí.
–Quiero verlo- dijo el niño con curiosidad.
El viejo lo levantó y le ayudó a apoyarse sobre el borde del pozo. Reflejado en el agua, el niño pudo ver su propio rostro.
– Pero si soy yo -gritó.
– Eso mismo -dijo el hombre, volviendo a colocar delicadamente al niño en el suelo.
–Ahora ya sabes dónde está escondido Dios.

El estómago

En cierta ocasión los diversos miembros y órganos del cuerpo estaban muy enfadados con el estómago. Se quejaban de que ellos tenían que buscar el alimento y dárselo al estómago, mientras que éste no hacía más que devorar el fruto del trabajo de ellos.

De modo que decidieron no darle más alimento al estómago. Las manos dejaron de llevar el alimento a la boca, los dientes dejaron de masticar y la garganta dejó de tragar. Pensaban que con ello obligarían al estómago a espabilarse y trabajar por su cuenta. Pero lo único que consiguieron fue debilitar el cuerpo, hasta tal punto que todos ellos se vieron en peligro de muerte. De este modo fueron ellos, en definitiva, los que aprendieron la lección de que al ayudarse unos a otros, en realidad trabajaban por su propio bienestar.

A. de Mello, *La oración de la rana I*

Meditar caminando

Por **Anselm Güm**

A los monjes les interesa el camino interior. Y emprendo este camino solamente cuando salgo de todo lo que me impide ser yo mismo. **Caminando debo deponer los papeles que desempeño, las máscaras que cubren y desfiguran mi ser.** ¿Quién soy yo, quién es este que va caminando cuando se desprende todo lo accesorio, cuando ya no cuentan más mis éxitos ni lo que valgo para los demás? Caminando me adentro en mi ser, en mi verdad, en mi núcleo. **Lo que los hombres opinan de mí no es importante, se desprende al caminar.** ¿Cuál es mi núcleo, quién soy yo realmente delante de Dios? Caminando salgo de todo lo accesorio y emprendo el camino hacia mí mismo, hacia Dios, hacia mi Dios, hacia el Dios de mi vida.

Al caminar no hace falta pensar continuamente sobre lo que me ata, sobre aquellas cosas de las cuales dependo y cómo podría liberarme de ellas. Al caminar se nos ocurren ciertamente muchas ideas, y también adquirimos claridad intelectual sobre muchas realidades. Sin embargo el caminar como meditación corporal es otra cosa, no es una meditación sobre algo, sino una ejercitación en algo. **Al caminar ejercito el éxodo interior. Me adentro en una libertad interior.** Entregándome al caminar, salgo de lo que me mantiene cautivo, salgo de mis hábitos y costumbres que me atan, de vinculaciones humanas sin las cuales no puedo vivir, del cautiverio al cual me han reducido mis necesidades y deseos, dejo detrás de mí mis posesiones y comodidades. Renuncio al contacto con los hombres. Durante un cierto tiempo no estaré disponible para ellos. Así salgo del mundo, del contacto con el mundo, y me adentro en una libertad cada vez mayor, en una libertad de la fe que no se aferra a nada sino a Dios.

¿Por qué el caminar es capaz de liberarnos de enfermedades y preocupaciones? Al andar estamos continuamente en movimiento, y de ese modo también en nuestro espíritu se movilizan algunas cosas. El movimiento uniforme de los pies, que tocan una y otra vez el suelo y vuelven a levantarse de él, posibilita la descarga de tensiones acumuladas en el cuerpo que a la vez son expresión de conflictos psicológicos. Así pues nos despojamos de la intranquilidad y de las preocupaciones; nos aquietamos y serenamos. Poniendo y levantando los pies del suelo conscientemente se hace salir todo lo que tensiona, paraliza y contamina el cuerpo y también el alma. Luego de caminar nos sentimos interiormente purificados, ordenados. Se ha quitado la basura.

Caminar es saludable en especial para personas de tendencias depresivas. En lugar de cavilar sobre sí mismas, las personas depresivas deberían hacerse al camino y fatigar su cuerpo. Porque a menudo cavilando no se avanza sino que se cae en un círculo vicioso del cual ya no se puede salir más. Al caminar me aventuro más allá de ese círculo vicioso. Ya no me estanco en la cabeza, en los pensamientos y cavilaciones, en los cuales a menudo no me percibo ni siento a mí mismo sino que frecuentemente me coloco a un costado de mí, me observo desde una cierta distancia y así a veces ya no sé más quién soy en absoluto. Al caminar me hago nuevamente uno con mi cuerpo. Siento mi cuerpo, transpiro, siento vida y fuerza en mí. Esa sensación del cuerpo me aparta de la depresión que pretende devorarme. Quien camina no se deja devorar, escapa de la vorágine de los pensamientos que nos infunden amor y se abaten sobre nosotros envolviéndonos como una nube oscura. Así pues los monjes aconsejaban salir a caminar cuando nos acosan pensamientos desagradables, y cuando ya de nada sirve reflexionar sobre ellos.

El rapto de Perséfone

Escribe:
Federico Guerra

Cuenta la historia que un buen día se celebró un enorme banquete en el Olimpo al cuál asistieron todos los dioses. Zeus, el rey, presidía la mesa junto a su esposa Hera. Incluso asistió Hefestos, dios de los artesanos, todavía sucio de trabajar en su taller. Démeter, la diosa del campo, tenía una joven hija llamada Perséfone, a la que quería mucho. Ambas se sentaron juntas al lado de Atenea, diosa de la sabiduría.

Por último, llegó Hades, el oscuro dios del mundo de los muertos. Temido y respetado por el resto de los dioses (excepto por Atenea), Hades tomó su lugar en el banquete, y se disponía a dar su primer bocado cuando sus ojos descubrieron a la pequeña Perséfone... y un sentimiento que jamás creyó poseer en su oscuro corazón comenzó a susurrar.

¿Quién puede decir realmente lo que motivó al dios de la oscuridad a enamorarse de una criatura de la luz? ¿Curiosidad, quizás? ¿Fascinación?

Lo que fuese, siguió molestándolo mucho después de terminado el banquete. Incluso caminando descalzo en la oscuridad por la tierra muerta de su reino, Hades seguía pensando en Perséfone.

Finalmente, el rey del inframundo cedió a sus impulsos. Un día que Perséfone se encontraba recogiendo flores en una pradera, Hades abrió la tierra, subió a la superficie en su tenebroso carro y, raptando velozmente a la doncella, volvió a su reino.

Démeter, al ver que su hija tardaba en volver al hogar, salió a buscarla, pero por más que buscó no pudo encontrarla. Preguntó a mortales e inmortales por igual, pero nadie parecía saber nada del paradero de su hija.

Desesperada, tranformó a sus sirvientas en *Sirenas*, animales con cabeza de mujer y cuerpo de ave, para que volaran por todo el mundo en busca de Perséfone. (Eventualmente las Sirenas, cansadas de su inútil búsqueda, se refugiaron en una lejana isla. Con el tiempo, perdieron las plumas y se volvieron monstruos: su hermoso canto atraía a los marineros que pasaban cerca de su isla, haciendo que los barcos encallasen y devorando prontamente a los desafortunados náufragos).

El regreso de Perséfone de Lord Frederick Leighton (1891)

Démeter, cansada, preguntó al dios-sol Helios, que todo lo ve, sobre lo que había acontecido a su hija. Helios, a pesar de que no quería tener de enemigo a Hades, no tuvo más remedio que decirle a Démeter lo que había visto.

—Era de día en la tierra, pero una carroza enorme surgida de las entrañas de la tierra sembró oscuridad a su paso y su siniestro conductor se llevó a tu hija.

La diosa del campo supo enseguida que se trataba de Hades, y pidió a Zeus que intercediese para rescatar a Perséfone del mundo de los muertos. Pero Zeus tampoco quería problemas con Hades, así que ignoró las súplicas de la angustiada deidad.

Démeter, furiosa, decidió entonces dejar sus obligaciones como diosa del campo y la agricultura, y lentamente, el verde de la tierra se fue apagando. Hasta ese día, el mundo sólo había conocido la eterna primavera. Pero ahora las cosechas comenzaron a perderse, y el hombre comenzó a padecer hambre.

Mientras tanto, en el Inframundo, Perséfone sufría prisionera en el palacio de Hades, recluida en su habitación, rechazando una y otra vez los avances amorosos del oscuro dios. Pero Hades era un dios astuto. Sabía que cualquiera que comiese del fruto que crece en el mundo de los muertos debería permanecer allí para siempre. Así que, sabiendo que la doncella no lo recibiría, Hades envió a una de sus sirvientas para que le llevase un plato con los infernales frutos a la hambrienta joven, que los comió sin sospechar nada.

El mundo estaba casi marchito. Las flores eran ya sólo un recuerdo, una leyenda que algunos poetas susurraban en las noches de intenso frío junto al fuego. Hombres y animales luchaban entre sí por los últimos restos de vida sobre la tierra.

Zeus, que por tomar el trono del Olimpo había aceptado también el cargo de juez supremo, al ver tal catástrofe y desequilibrio, decidió intervenir y llamó inmediatamente a Hades y a Démeter al diálogo.

Ya desde el inicio la cosa se puso difícil. Démeter casi ahorca al sonriente Hades, el cuál reía con más fuerza mientras decía:

—Tu hija jamás volverá a ver la luz del sol, porque ahora es mi esposa.

Zeus exigió a su hermano la devolución de Perséfone, pero Hades respondió con voz inocente que, aún cuando quisiese obedecer esa orden, le resultaba imposible: la hija de Démeter había comido del fruto del mundo de los muertos, por lo que estaba condenada a vivir allí para siempre.

Zeus, por suerte, pudo calmar un poco los ánimos y logró que ambos dioses llegasen a un acuerdo:

Perséfone permanecería con su marido en el mundo de los muertos seis meses del año, mientras que los otros seis meses los pasaría con su madre sobre la tierra.

Es por esto que durante los meses que Démeter está sola, la tierra entera se entristece y sobrevienen el otoño y el invierno. Sin embargo, cuando Perséfone regresa al mundo de los vivos con su madre, la alegría resultante explota en el mundo en forma de primavera y verano.

El mito de Adonis

Cuenta la leyenda que Adonis nació de un árbol, y que su belleza era tan sublime que llamó la atención de Afrodita, diosa del amor, la cuál lo raptó y escondió en un cofre como si fuera un valioso tesoro.

Para proteger este cofre de la curiosidad de los demás dioses del Olimpo, se lo entregó a Perséfone, reina del inframundo. Pero Perséfone también era curiosa, así que abrió el cofre y se enamoró perdidamente del pequeño Adonis. Cuando Afrodita volvió a buscar su cofre, Perséfone no quería devolvérselo.

Finalmente tuvo que intervenir Zeus en la disputa, y se llegó al siguiente arreglo: Adonis permanecería cuatro meses con Perséfone en el mundo de los muertos, cuatro meses con Afrodita en el cielo, y cuatro meses solo en la tierra. Sin embargo, Adonis terminó encontrando la muerte a manos de Ares, dios de la guerra y celoso amante de Afrodita.

Tradiciones más antiguas relataban que Adonis era inmortal, y que su estancia en la tierra y en el inframundo se corresponde con la muerte y el renacimiento de las plantas en las distintas estaciones.

La figura de Perséfone (también llamada "Koré", que significa "doncella" o "virgen"), representaba para los antiguos griegos la fertilidad de la tierra, a la cuál rezaban en las épocas de siembra y de cosecha. Posteriormente los romanos le dieron el nombre de "Proserpina", derivado del verbo latino *proserpere*, "emerger", como emerge el brote del suelo. Asimismo Cicerón, el filósofo romano, llama a Perséfone "semilla de los frutos del campo".

A este mito se asocia otra historia, la del príncipe Triptolemo de Eleusis, héroe y discípulo mortal de Démeter, que enseñó a la humanidad los secretos de la agricultura.

En Eleusis, una pequeña ciudad cerca de Atenas, se celebraban unos famosos ritos conocidos como "misterios" en honor a Démeter y Perséfone en su carácter de diosas del campo y la fertilidad, respectivamente. Lo que sucedía en estas ceremonias era absolutamente secreto, y los que participaban mantenían este silencio bajo pena de muerte. Para sus compatriotas, los iniciados en estos misterios eran hombres benditos, ya que se les había hecho partícipes del misterio del nacimiento y la muerte: Perséfone y Démeter, madre e hija, son dos aspectos del mismo fenómeno cíclico que es la vida.

Se cree que para los iniciados el regreso de Perséfone del mundo de los muertos simbolizaba la inmortalidad del alma. Otras corrientes filosófico-religiosas la interpretaban como la diosa del orden natural, poseedora del doble poder de crear y destruir, e interpretaban también a los misterios eleusinos como el intento del alma de huir del mundo de los muertos (el cuerpo y sus vicios) y regresar a sus orígenes (la vida espiritual). Como Perséfone, el hombre era "raptado" y llevado al mundo de los muertos luego del fin de su vida; su cuerpo enterrado como una semilla. Pero si lograba alcanzar la sabiduría en el más allá, tenía la oportunidad de resucitar y emerger nuevamente del vientre de la tierra.

Una primera interpretación podría decirnos que Perséfone representa al alma humana, atrapada en el mundo de los muertos por Hades, que simboliza nuestros deseos ocultos. Encarnada en lo finito, el alma estaría entonces condenada a oscilar entre la vida (los seis meses que Perséfone pasa con su madre Démeter, origen absoluto de la vida y crisol del alma) y la muerte (los seis meses con Hades, rey de los muertos, la ignorancia que nos apega a este mundo y al pasado).

Intentemos una segunda aproximación. En la superficie, el mundo de los vivos, Perséfone sigue siendo la inocente hija de Démeter, siempre joven como la primavera. Pero en el mundo de los muertos, donde pasa la otra mitad de su eternidad, ella es la temible reina de las sombras.

Hades representa a la muerte, pero no en su sentido negativo, sino más bien como la parte más profunda de la vida. Es curioso que Hades sea también mencionado en algunas fuentes como el dios de la riqueza oculta. Este Hades profundo que obliga a Perséfone a bajar al mundo de los muertos (y que curiosamente nos recuerda la alegoría de la caverna de Platón, donde el filósofo debe arrastrar por la fuerza al prisionero de la oscuridad a la luz del sol que jamás ha visto) es el que propicia esta división. Y es finalmente Zeus, el principio espiritual por excelencia, quien define el asunto: el alma no es ni de la vida (Démeter) ni de la muerte (Hades), sino del equilibrio que resulta de ambos, el orden natural: todo lo que nace muere, pero todo lo que muere vuelve a nacer. Todo cambia, pero al mismo tiempo permanece igual. Ese es el corazón mismo de la belleza perenne del cosmos. Las primaveras que se suceden una detrás de otra son y no son la misma primavera que se repite...

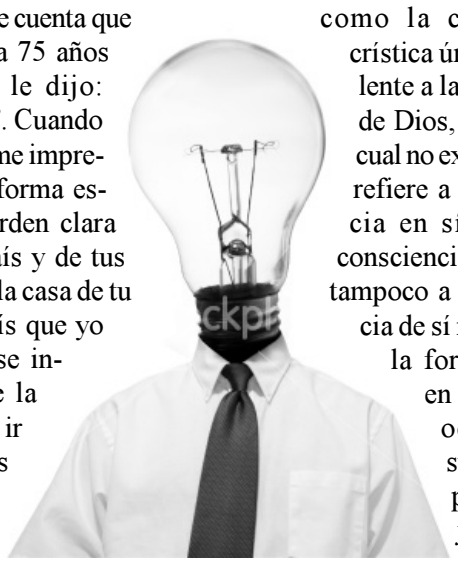
Experiencia de Dios

(abandonar patrones e ideas)

Willigis Jäger

"Y Dios dijo a Abraham: Vete a tu tierra y de tu patria y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre, que servirá de bendición" (Gén 12-1). Este texto se cita y se comenta con frecuencia. Las Sagradas Escrituras pueden interpretarse de diferentes maneras, desde el punto de vista moral, histórico, psicológico o también espiritual. A mí me importa la interpretación espiritual, que es la de la mística.

Este año he celebrado mi 77 cumpleaños. Se cuenta que Abraham tenía 75 años cuando Dios le dijo: "Vete de aquí". Cuando leí este texto, me impresionó de una forma especial. Esta orden clara "vete de tu país y de tus parientes y de la casa de tu padre a un país que yo te mostraré" se interpreta desde la mística como ir soltando los apegos personales. Dios no le dice a Abraham a dónde debe ir. Tan sólo le dice que cuando llegue el tiempo se lo mostrará. Simplemente le dice: "Vete". Esto es lo que importa aquí: Aléjate de las personas que constituían tu familia, márchate de la casa que te daba seguridad, vete del pueblo al que perteneces.



Pero para la mística esto no es suficiente, ni tampoco lo más importante. Su exigencia es: **¡Despréndete de tus conceptos religiosos! ¡Despréndete de las palabras, imágenes y conceptos que tengas de Dios! Deja la seguridad de la mano protectora de Dios. Despídete de la imagen que te hayas forjado de ti, de la aureola que otros colocan sobre ti o sobre la comunidad que te ha sostenido.** Y lo más difícil de todo: abandona la identidad superficial de tu *yo.* La muerte del *yo* es el requisito para la experiencia de Dios. Abandona tu miedo a la muerte del *yo* ¡Ten confianza!

La auténtica experiencia de Dios libera de todo miedo, inclusive del miedo de la pérdida del *yo*. Pablo intenta explicárnoslo con la frase: **"No vivo yo, sino Cristo vive en mí"** (Gal 2,20). Estas palabras no significan que Cristo viva físicamente en él, expresan que **su Ser más hondo es consciencia crística**, es decir, consciencia de Dios. No se experimenta como "viejo Cristo" sino como "ipse Christus"; no como una consciencia crística diferente, sino como Cristo mismo, como la consciencia crística única, equivalente a la consciencia de Dios, aparte de la cual no existe nada. Se refiere a la consciencia en sí, no a una consciencia de algo, ni tampoco a la consciencia de sí mismo. Pero la forma humana en la que esto ocurre tiene su papel, pues pertenece al *yo* de Dios. **Soy un *tú* de Dios. Soy una ola del océano**. El océano se experimenta en mí como ola. Somos uno con Dios, sin dejar de ser personas. Pero esta frase no la dice el *yo*, sino que la pronuncia nuestro Ser divino más hondo.

¡Abandona tu *yo*! El miedo ante el aniquilamiento es la mejor prueba de que ese *yo* personal angustiado no es nuestra identidad auténtica y real. Experimentaremos nuestra verdadera identidad divina cuando seamos capaces del desasimiento. Pero en ello radica también un peligro. Cuando la persona no es capaz de desprenderse enteramente de su *yo*, ocurre lo que en psicología se denomina "inflación". Entonces el *yo*, de repente, se infla y dice "yo soy Cristo" o "yo soy Dios". Esto supone justamente lo contrario de una experiencia auténtica. Es narcisismo espiritual, una forma de regresión. Esto nos demuestra que el nivel espiritual puede resultar peligroso, tiene dos caras diferentes. Por ello, toda experiencia auténtica tiene tres aspectos característicos: aporta una libertad enorme, una gran humildad y un amor que todo lo abarca. Si uno de estos aspectos falta, la experiencia no es auténtica.

¡Abandona a tus amistades! Habrá quienes te dejarán de lado. Habrá quienes estarán contra ti. Es algo que muchas personas experimentan cuando van por un camino espiritual. Apenas ha habido alguien que haya ido por un camino de esta índole sin haber padecido el descrédito. Muchas veces se quemaban no solamente los libros de esas personas sino también a ellas mismas. La tolerancia no es precisamente una característica de las confesiones religiosas.

¡Abandona tu rol! El rol de maestro, de sacerdote, de padre, de madre, de hombre, de mujer. La experiencia mística es como un cambio de papeles. No es que yo experimente a Dios, sino que Dios llega a la experiencia única en mí. Con ello, todo lo demás se vuelve irrelevante y, al mismo tiempo, cobra importancia de forma totalmente nueva.

Es un despertar de Dios, como lo expresa Juan de la Cruz. Por ello en la experiencia de Dios no hay ninguna cosa o ningún ser. Tan sólo hay infinidad, libertad experimentada en todas las cosas. Por ello no se trata de nada elevado. "Todas las cosas saben a Dios", predica Eckhart. De esta forma la experiencia de Dios se vuelve idéntica a los sucesos cotidianos. Estas explicaciones son paradójicas y apuntan al misterio. La Realidad no es nada fijo y terminado, sino un proceso que se va revelando cada vez más a una consciencia cada vez más amplia. Es como una sinfonía que resuena para cada uno según la amplitud y profundidad de su capacidad de comprensión.

¡Abandona tu *yo* psicológico! La psicología nos ha deparado nuevos conocimientos sobre nuestra psique. A partir de estos conocimientos, las Sagradas Escrituras pueden interpretarse también desde el punto de vista psicológico y utilizarse como ayuda existencial. Pero la experiencia de Dios va más allá de la distinción entre inconsciente, subconsciente y consciente. También sobrepasa los primeros niveles de la psicología transpersonal. Tan sólo en la mente cósmica será factible una auténtica experiencia de Dios. Vacío y forma, Dios y mundo no están separados. Pero ya no se es el sujeto de la experiencia, solamente existe la experiencia en sí. En ella no hay nada más.

En estos casos los psicólogos aconsejan no ignorar nuestro inconsciente sino comenzar a trabajar con nuestras represiones, con *la sombra.* Toda experiencia auténtica va precedida por el conocimiento profundo de la cara oscura de la psique, la sombra, como ocurre en las experiencias cercanas a la muerte, en que a menudo se pasa revista a toda la vida, dejando todas las sombras al descubierto con completa nitidez. Puede que una persona esté profundamente iluminada pero, a pesar de ello, sigue teniendo aristas y ángulos sobre los que tendrá que trabajar.

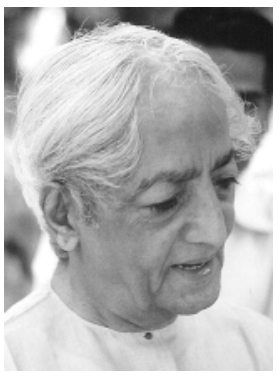
¡Abandona tus conceptos teológicos! La persona experimenta la unidad cuando está totalmente presente, abierta y vaciada de todo. Todo concepto teológico limita. Pertenece al ámbito racional. Esto no significa que no deba haber teología, pero ésta es tan sólo una de las posibilidades de acercarse a Dios. La mera repetición de dogmas y de frases del catecismo, de lo que otros han dicho, no satisface. **La revelación se vuelve revelación en aquél que la recibe.** Lo decisivo no son las palabras, sino el hecho de que el receptor caiga en la cuenta. Lo que denominamos Dios siempre está presente. Es nuestra capacidad de captación la que decide en qué medida lo experimentamos. La contemplación va ampliando nuestra capacidad de captación; ésta se abrirá hacia el espacio transmental. Eckhart habla de la diferente capacidad de recepción del ser humano. **La realidad está siempre presente, el recipiente es diferente. Puede ser amplio o pequeño.**

¡Vete! Esta palabra que Dios le dice a Abraham lleva a un cambio de identidad radical. Conduce a un país nuevo, a un país que Dios va a mostrar a los que tienen el valor de marcharse. Y algo más dice Dios: "Engrandeceré tu nombre, que servirá de bendición".

Dejarlo todo de esta forma no significa una retirada del mundo, sino todo lo contrario: conlleva una responsabilidad nueva. Conduce de vuelta a la familia y a la sociedad.

Extraído de
Adonde nos lleva nuestro anhelo

La obtención de la verdad



Jeddu Krishnamurti
Pensador, nacido en India
en 1895 -1986

La comprensión de la Verdad nos llega por la plenitud de la vida, y por darle la más amplia perspectiva para su expansión es como se obtienen la liberación y la felicidad. Quiero hacer de esto la base de todo pensamiento y de todo sentimiento, porque yo sostengo que la liberación es la meta que ha de alcanzar toda la humanidad. Cuando hayáis visto esa meta, ya seáis artistas, músicos, estadistas o educadores, crearéis bajo la sombra de la eternidad y no a la sombra de lo manifestado. La mayor parte de las gentes del mundo están enredadas en el presente porque no quieren llamar al futuro. El presente es un inmenso fantasma y en su sombra crean sin comprender lo eterno.

Había una vez un hombre que deseaba comprender la verdad. Fuese a buscar un Gurú, un Maestro y preguntole si podía tomarlo por discípulo. El Gurú respondió: "No tengo tiempo que dedicarte, así es que hazme el favor de marcharte". Y el hombre se fue, pero regresó al poco tiempo y pidió al maestro que lo tomase y le enseñara el camino hacia la verdad. Volvió a decirle el maestro: "No tengo tiempo que dedicarte, haz el favor de irte". Pasó algún tiempo y el buscador de la verdad persistió en su demanda. Y el maestro le dijo: "Ven conmigo", y llevolo a un estanque cercano lleno de agua. Entraron ambos en el estanque y el maestro mantuvo al aspirante debajo del agua por largo tiempo. Cuando estaba a punto de ahogarse el maestro lo soltó y le preguntó qué era aquello que más deseaba cuando estaba debajo del agua. El hombre replicó que lo que más había deseado era el aire. El maestro dijo: **"Cuando tu anhelo por la verdad sea tan desesperado como tu deseo de aire, la obtendrás".**

Quiero despertar en vosotros el mismo ardiente deseo, el mismo anhelo de alcanzar la verdad que tiene el que se está ahogando, por el aire. La verdad sólo puede ser alcanzada cuando deseáis llevar la vida y no evitarla o temerla; cuando no la evitáis o la retorcéis, o tratáis de guardarla en el encierro de las comodidades y de la existencia fácil, sino que deseáis el dolor, el placer, la pena y el gozo y los dejáis que llenen vuestro corazón hasta desbordarlo.

Mientras que vuestra meta sea irreal, la Verdad será igualmente irreal, y así creáis barreras innumerables entre vosotros y la eterna meta. Porque en cada mente existe el deseo de evitar las experiencias de la vida, se levanta la ilusión del bien y del mal. Todas las religiones sostienen que conquistando esto y evitando la tentación, podréis comprender la verdad, que por hacer el bien podéis esperar el entrar en los cielos. Para mí, eso es la evasión de la vida más que su plenitud. Una vez que hayáis establecido por vosotros mismos lo esencial que es la búsqueda de la Verdad, todo lo demás se hace poco esencial e inútil y la tentación deja de ser un problema.

Para ayudar a los hombres a vencer la tentación, se han establecido fundaciones basadas en creencias, dogmas y temores. Una araña teje su tela con exquisito cuidado y delicadeza, pero cuando el viento se agita, la intrincada red es destruida en un instante; así ocurre cuando so-

plan los huracanes del dolor y la tempestad de la duda estalla, aquello que habíamos creado para conquistar la tentación, es destruido y desaparece.

Tenéis innumerables teorías y credos, y sin embargo, cuando se os muere alguno a quien amáis, os viene una inmensa soledad; vuestras teorías, vuestras doctrinas no llenan de ninguna manera ese vacío. En tanto que, si tratáis cada incidente como un paso hacia la plenitud de la vida, como una experiencia que os permita crecer y aproximaros a nuestra meta, entonces llamáis todas las cosas a vuestro corazón, el dolor y el placer y lo que os parece bien y mal.

Las gentes se ocupan de la política, de la educación, del servicio y de las innumerables actividades que les ayudan a olvidarse de sí mismos; pero yo sostengo que cuando la vida interna no se ha llenado, cuando a esa vida no se le ha dado toda amplitud para su desarrollo, hay solamente la certidumbre del dolor y la miseria. Para completar la vida debéis recibir bien y meter en vuestro corazón toda experiencia, por desagradable o deliciosa que sea. No puede haber otra meta para la humanidad que la plenitud de la vida, la que sólo puede llegar si sois por completo vuestros propios amos, si no dependéis de autoridad externa, o del apoyo de las religiones, o de la evitación de las tentaciones.

Como baja la lluvia sobre las tierras abrasadas, así es presentada la verdad ante vuestra mirada. Y así como la lluvia de nada sirve en las tierras que no están preparadas, la verdad no hará crecer su semilla en vuestra mente y en vuestro corazón si no hay en vosotros mismos la lucha para dar a vuestra vida su plenitud.

Para mí, la única meta, el único mundo que es eterno, que es absoluto, es este mundo de la Verdad. Este mundo no se nos impone, no puede ser discutido, ni se puede emitir sobre él una opinión.

Pero si habéis preparado el suelo y queréis sembrar las semillas de la verdad con cuidado y deleite exquisitos, entonces por vuestros propios pasos entraréis en este mundo. Al presente, la verdad, la felicidad y la libertad de la vida son solamente palabras, a las que dais vuestra personal interpretación, amplia y estrecha, agradable o desagradable. Yo quiero crear tan ardiente deseo en vosotros de encontrar la verdad, que la única cosa que es eterna permanecerá y todo lo demás será barrido como una nube por el viento.

El deseo de ser vuestro propio amo, sin descansar sobre autoridad alguna ni construir sobre esperanzas, ni de escapar del temor ni de evitar las tentaciones, sino de trascenderlas, es ajeno a la mayoría de las gentes. Casi todos vosotros estáis siendo llevados hacia el cielo por la engañosa esperanza que se os mantiene delante; pero no hay cielo ni esperanza en él en sentido absoluto, éstas son creaciones de la mente de los hombres, y por eso no pueden tener el sello de la eternidad.

Debéis ser discípulos verdaderos de la eterna Verdad, discípulos llenos de comprensión y no simplemente imitadores que repiten las ideas o las palabras de otros. Sed creadores de vuestra propia vida sin forma. Las gentes en su mayoría adoran una idea y se apegan a su forma y se olvidan del inmenso mundo que vive tras de todas las formas; no se trata de un mundo misterioso o escondido, sino de un mundo que existe dentro de cada uno de nosotros y que es encontrado sólo por cada uno.

Cuando la vida no está llena hay sitios vacíos y tales sitios vacíos producen torbellinos de dolor y de sufrimiento y lucha constante. Al llenar esos espacios vacíos es cuando la vida fructifica.

Extraído de
"La obtención de la verdad"

¿Por qué persevero?

Joan Chittister

Hna. Joan Chittister, religiosa benedictina, doctora en psicología social.

"Es bueno tener un fin hacia el que dirigirse –dice Ursula Le Guin–, pero es el trayecto lo que, en definitiva, importa". La autenticidad de esta frase explica bastante bien, en mi opinión, por qué me es posible, e incluso necesario, a mí, como católica, perseverar en una Iglesia repleta de incoherencias, cerrada al debate acerca de las implicaciones de éstas y cuya simpatía sólo la suscitan las mujeres invisibles. El hecho es que, con el paso de los años, me he dado cuenta de que la Iglesia no es un lugar, sino un proceso. Dejar la Iglesia puede ser, de hecho, dejar parte del proceso de mi propio desarrollo.

Por eso, inmersa en el proceso de debatirme con la verdad, persevero en la Iglesia, aunque, para una mujer esta perseverancia está llena de dolor, frustración, desilusión y, con demasiada frecuencia, incluso humillación. Ambas, esta Iglesia y yo, necesitamos madurar. La Iglesia necesita madurar su comprensión del evangelio, y yo necesito madurar mi comprensión de mí misma al esforzarme por vivirlo. Se trata, en otras palabras, de un proceso de conversión para ambas.

Hay, además, un modelo de perseverancia inserto en mí que me estimula en los tiempos difíciles a confiar en mis preguntas, me acusa en los días oscuros de valorar más la debilidad que la verdad, me consuela en los tiempos duros con el coraje de la resistencia y me inspira siempre para que mantenga la fe sean cuales sean las debilidades del sistema que la proclama. Las imágenes que tengo siempre presentes son el recuerdo de Jesús enfrentándose a los fariseos, Jesús llorando por Jerusalén, Jesús enseñando en la sinagoga y Jesús presidiendo el Seder del Jueves Santo. Mis modelos están claros: son Jesús luchando contra la depresión producto del fracaso, del rechazo; Jesús confiando en la verdad, viviendo la fe y manteniendo la esperanza hasta el final.

Esos son los modelos que hacen el resto del proceso –su propósito, su valor– claro para mí. Perseverar en la Iglesia, incluso aunque la Iglesia tenga poco tiempo para la presencia de las mujeres, preste muy escasa atención a las cuestiones de las mujeres, tenga muy poco respeto por las aportaciones de las mujeres, se dedique a predicar el evangelio de la igualdad para la mujer, pero mantenga una teología y un sistema machistas; todo ello exige un objetivo que vaya mucho más allá de nosotros mismos.

Yo persevero en la Iglesia como una peregrina descontenta, no porque no crea lo que la Iglesia me ha enseñado, sino precisamente porque lo creo. Creí cuando nos dijeron que Dios nos hizo iguales y Jesús vino para todos. Creí en el Jesús que me mostraron, que escuchaba a mujeres y enseñaba teología a mujeres y enviaba a mujeres a enseñar teología y resucitaba a mujeres. Y por eso hoy creo que la Iglesia, si ha de ser verdad el mismo evangelio, debe algún día hacer lo mismo: encargar cometidos a mujeres, como Jesús hizo con la samaritana; escuchar a mujeres, como Jesús hizo con la cananea; resucitar a mujeres a una nueva vida, como Jesús hizo con la hija de Jairo.

Persevero en la Iglesia porque no conozco ningún otro lugar que satisfaga en mí lo que la Iglesia misma nos enseña a buscar: una vida sacramental que haga todo sagrado, una comunidad de fe que celebre la vida conjuntamente, la proclamación de la imagen de Dios viva en cada uno de nosotros, la contemplación de la verdad que da sentido a la vid. Sé de clubes, sociedades y congregaciones de profunda sinceridad que hacen un gran bien. El problema es que yo necesito sacramentos y fe común y un sentido de lo divino en el núcleo de mi humanidad, así como necesito un discurso, unas obras y unas intenciones buena.

Persevero en la Iglesia porque, aunque las luces se han apagado en partes de la casa, sé que estoy en mi casa. Caigo en la cuenta ahora, con intensa indignación, de lo sexista que es realmente la Iglesia pese a todas sus declaraciones de fe en Jesús y de amor a la mujer. Pero caigo también en la cuenta de que es la familia en la que he crecido. Es la familia que me dio mis primeras imágenes de Dios, mi primera sensación de valor humano, mi primer sentido de la santidad, mi primera invitación a una bondad medida por mucho más que el "éxito". **Una familia, sólo por ser disfuncional, como lo es ésta, no deja de ser una familia**. En cualquier caso, debemos esforzarnos todo lo posible por llegar todos al bienestar en ella.

Persevero en la Iglesia porque cuento con apoyo de otras mujeres, de hombres feministas, de una comunidad de mujeres que me permite dar culto con dignidad humana y un sentido de la inclusión teológica. De lo contrario, no sé cómo podría perseverar. Al mismo tiempo, como conozco mi necesidad de la fuerza de una comunidad consciente y comprensiva, he llegado a comprender y respetar a quienes, a falta de esa clase de apoyo, optan por abandonar. Para muchos, la asistencia a la Iglesia se ha convertido más en una experiencia de devaluación sistemática que de crecimiento espiritual. Después de años de esperar un cambio, pues, han optado por tratar de encontrar a Dios por sí mismos, en lugar de ser excluidos por la comunidad de la búsqueda común. Se trata de mujeres en las que late un corazón católico, pero, como muchas otras a las que se ha maltratado o menospreciado, han llegado a un punto en el que, por su propia salud mental, dicen con dolor y aun con amor: "No me divorcio de ti; pero, hasta que no cambies, no puede vivir bajo el mismo techo"

Persevero en la Iglesia por la sencilla razón de que, como ya ha sobrevivido a mucho, sé que puede sobrevivir a mucho más. Es la Iglesia que, finalmente, se ha arrepentido de la Inquisición; que, finalmente, ha aceptado a Galileo; que, finalmente, dejó de vender reliquias; y que, finalmente, ha comprendido a Lutero y, finalmente, ha abrazado el movimiento ecuménico. Entre otras cosas. Es una Iglesia que ha conocido el pecado y se ha arrepentido de él. Es una Iglesia que tiene el potencial y las credenciales para comprender el mío también.

Persevero en la Iglesia, ahora más experimentada, menos idealista, más equilibrada en mi esperanza de cambio instantáneo, más espiritualmente madura quizá. En las primeras dos semanas de mi primer viaje a Roma en 1972, me dejó espantada lo que vi: la pompa, la afectación, el opresivo y arrogante sentido del poder que rezumaban todos los dicasterios, destilaban todos los encuentros y coloreaba todos los ritos. Yo era joven y apasionada. Pensaba que había perdido la fe. No quería volver. *"Patientia, patientia* –me aconsejó una anciana monja–; regresarás y llegarás a comprender...". La frase fue desvaneciéndose en una irritante nada. Comprender ¿qué? Pero para el final de las siguientes dos semanas y los siguientes quince años de encuentros en Roma, llegué a comprender su sentido para mí.

Llegué a comprender que, para aquellos cuya fe es madura, sólo Dios es Dios. No la institución. No el sistema. No la historia. No el papa. Dios está en la Iglesia, no en el dicasterio. La Iglesia es un vehículo de la fe, no el fin de la misma.

Finalmente, persevero en la Iglesia porque la Iglesia sexista a la que amo necesita mujeres para su propia salvación. Las mujeres prueban la autenticidad de la verdad que ella posee.

Nos estamos santificando mutuamente, esta Iglesia y las mujeres que nos negamos a permanecer en silencio, que nos negamos a ser reprimidas. Lo que ambas tenemos intención de convertir, nos convertirá a nosotros también. Las mujeres llamamos a la Iglesia a la verdad; la Iglesia llama a las mujeres a la fe. Juntas, Dios lo quiera, persistiremos: las mujeres a pesar de la locura del autoritarismo; y la Iglesia pese a su irritación por verse implacablemente desafiada. Persistiremos juntas. Nos impulsaremos hasta el límite de nuestro potencial de santidad.

"¿Por qué persevera en la Iglesia una mujer como tú?", me preguntó hace años una mujer de mi auditorio. "Porque –le respondí– cada vez que pienso en abandonar, me pongo a pensar en las ostras". "¿Ostras? –dijo mi oyente– ¿Qué tienen que ver las ostras?". "Bueno –repuse hacia la oscuridad del enorme auditorio–. He caído en la cuenta de que la ostra es un organismo que se defiende segregando una sustancia para protegerse de la arena del lugar donde desova. Cuanta más arena hay en la ostra, tanta más sustancia produce, hasta que, finalmente, después de capa tras capa de gel, la arena se transforma en perla, y la ostra adquiere mayor valor en el proceso. En ese momento descubrí el ministerio de la irritación".

Persevero en la Iglesia con todos mis desafíos y a pesar de su resistencia, consciente de que, antes de que el proceso termine, ambas, ella y yo, nos habremos convertido en lo que tenemos la capacidad de ser: seguidoras del Cristo que escuchó a las mujeres, les enseñó teología y las resucitó de entre los muertos.

Extraído de *"Odres nuevos"*

El pasado

La Vida no existió ni existirá. Es eterna. Lo eterno es un permanente momento presente.

La Vida es impersonal. No es lo que pienso que es, sino LO QUE ES. La Vida sólo existe ahora que la estás viviendo como realidad. El recuerdo del pasado no es ninguna realidad, como no lo es el futuro aunque pienses en él.

La Vida es un fluir de eternos e infinitos Ahora.

Cada momento presente es nuevo en sí, aunque la mente con sus pensamientos lo relacione con otros anteriores.

Los hechos del pasado ya no son hechos. Son simples pensamientos de la memoria.

No existen como hechos, sino como recuerdos. Sólo fueron hechos en su momento. Ese momento ya no existe.

El pasado es un sueño de esta vida, y ya sabemos que esta vida es un sueño. Aquel pasado es un sueño dentro de otro sueño.

Cada instante es único e irrepetible. Nunca pasa la misma agua del río dos veces por el mismo lugar, ni las olas del mar son las mismas por idénticas que parezcan, ni las llamas del fuego son las mismas aunque lo parezcan.

Si quieres aprender del pasado, míralo como pasado. Tu mirada es de ahora. Y la mirada presente es creativa si no te ciñes al recuerdo del pasado. Es pura, inocente y no condicionada por el peso emotivo del pasado.

Vivir del pasado es remendar un traje viejo con paños nuevos.

Darío Lostado

Extraído de "*Despertar a la conciencia día a día*"

La soledad es la consciencia del yo sin actividad

Existimos desde el Ilimitado

**Nos imponemos límites
y nos empequeñecemos,
pero vivimos en comunión
con el Ilimitado.**

**Dudamos de nosotros
y nos devaluamos,
pero vamos bajo la mirada
de La Bondad.**

**Nos dividimos
y nos enfrentamos,
pero todos recibimos la vida
desde La Unidad.**

**Nos clasificamos
en perfectos y deformes,
pero todos somos habitados
por La Belleza.**

**Tememos nuestra oscuridad
y nos escondemos,
pero somos iluminados
por La Verdad.**

**¿Quién puede
poner limite
al amor de Dios
por nosotros?**

**¿Quién puede
ponernos límites,
si sólo podemos ser
en el amor de Dios?**

Benjamín González Buelta, SJ

Uno se pregunta por qué los seres humanos, que han vivido en esta tierra durante millones de años, que son tan inteligentes en lo tecnológico, no han dedicado su inteligencia a liberarse del muy complejo problema del miedo, el cual puede ser una de las razones de la guerra, de que nos matemos unos a otros. Y las religiones de todo el mundo no han resuelto el problema; tampoco lo han hecho los gurúes ni los salvadores, ni los ideales. Está, pues, muy claro que ningún agente externo, por elevado que sea, por popular que se haya vuelto gracias a la propaganda, podrá jamás resolver este problema del miedo humano.

Estamos indagando, investigando, explorando en profundidad todo el problema del miedo. Y quizás hemos aceptado de tal manera el patrón del miedo, que ni siquiera queremos apartarnos de él. Entonces, **¿qué es el miedo? ¿Cuáles son los factores que contribuyen a generar miedo?**

Tal como ocurre con las numerosas pequeñas corrientes, con los riachuelos que forman el tremendo caudal de un río ¿cuáles son las pequeñas corrientes que originan el miedo, que dan una vitalidad tan extraordinaria al miedo? ¿Es la comparación una de las causas del miedo? ¿Es compararse uno mismo con otra persona? Obviamente, sí. ¿Pueden entonces, vivir una vida sin compararse con nadie? ¿Comprenden lo que digo? Cuando uno se compara con otro (ideológica, psicológica o incluso fisicamente), existe la lucha por convertirse en eso, y está el miedo de no poder lograrlo. Existe el deseo de realizarlo y el miedo de no ser capaces de realizarlo.

Donde hay comparación tiene que haber miedo.

Así pues, uno se pregunta, si es posible vivir sin una sola comparación, sin compararse jamás (si uno es hermoso o feo; agradable o desagradable), sin aproximarse a ningún ideal, a ningún patrón de valores. **Donde hay comparación tiene que haber amoldamiento, imitación.** Decimos pues que la comparación, el amoldamiento y la imitación son causas que contribuyen al miedo. ¿Podemos vivir sin comparar, sin imitar o sin amoldarnos psicológicamente? Por supuesto que podemos. Si esos son los factores contribuyentes del miedo, y uno se interesa en terminar con el miedo, entonces, internamente, no hay comparación alguna, lo cual implica que no existe un devenir, un "llegar a ser". El significado mismo de la comparación es el de convertirnos en aquello que consideramos mejor, superior, más noble, etcétera. Por lo tanto, la comparación es el llegar a ser. ¿Es ese uno de los factores del miedo? Si estos son los factores, si la mente ve que esos factores son los que originan el miedo, entonces, la percepción misma de tales factores, termina con las causas que contribuyen a la existencia del miedo. Si existe una causa física que nos produce un dolor de estómago, el dolor se termina al descubrir la causa. De manera similar, donde hay cualquier causa hay una terminación.

Krishnamurti

"Cuando a los hombres modernos se nos dice que Dios no es una mera palabra sobre la que se puede discutir y argumentar, **sino un estado de conciencia que podemos advertir aquí y ahora, en la carne,** enarcamos las cejas; cuando algún vidente espiritual nos dice pausadamente **que entre nosotros viven hombres que conocen a Dios**, nos llevamos un dedo a la sien, significativamente. Finalmente, cuando se nos asegura que llevamos lo divino dentro de nuestros pechos, **y que la divinidad constituye nuestro ser verdadero**, nos estiramos y sonreímos con petulancia".

Paul Brunton

"Desde que hablamos,
las puertas de la divinidad se cierran,
en alguna medida".
Maurice Maeterlinck

"Ve a decir a mis amigos que me he
embarcado en el Gran Mar,
y que mi barca se rompe".
Al- Hallay, místico sufí

La soledad es la consciencia del "yo"
sin actividad.

"... con nuestros discursos matamos
aquel silencio necesario para advertir
la acción interior del Espíritu Santo
dentro de nuestra alma".
Thomas Merton

"Dios arrebata nuestra falsa independencia; va buscando docilidad, pero no quiere amorfos. Al contrario, quiere que en medio de su independencia, el alma se vaya personalizando, mucho más y de otra forma. Para elevar a ese grado de libertad, Dios tiene que aplastar una falsa libertad".
Yves Raguin

Sin razones

Sólo al percibirte
sin razones,
podemos regalarnos
sin razones.

Sólo al encontrarte
en el fondo de la nada
podemos darnos
por nada.

Sólo al unificarnos
en tu silencio,
podemos entregarnos
en silencio.

Sólo al reposar
en tu misterio
podemos ir muriendo
en el misterio.

Benjamín González Buelta, SJ

"DERECHO VIEJO"

Talleres de Desprogramación y Ordenamiento (Libres y Gratuitos)

Los talleres vuelven en Septiembre

Renunciar significa consagrarse plenamente a lo divino, ofrecer todo cuanto se es y se posee, no para insistir en las ideas propias, o deseos o hábitos, sino para permitir que la verdad divina reemplace todo esto, al ser conocida, deseada y al actuar libremente en todas partes.

Aurobindo

* * *

Cuando nos invade la desesperación, habitualmente se debe a que pensamos demasiado en el pasado y en el futuro.

Santa Teresa de Lisieux

* * *

El pensar y el desear son los elementos que constituyen el pasado y el futuro.

* * *

Idea y conducción: **Camilo Guerra**

***Un programa de radio para escuchar... ahora también por* Internet**

Todos los Sábados
de 8 a 12
Por AM 750:
Radio del Pueblo
4371-1115
www: 750am.com.ar

Todos los Domingos
de 9 a 13
Por FM 102.7:
Radio GBA de Morón
4489-0468
www: fmgba.com.ar

"Nada nuevo bajo el sol"

Pasa una generación, llega otra
y la tierra siempre subsiste.
Sale el sol y luego se pone;
se apresura a ir a su lugar,
de donde sale de nuevo.
Corre hacia el sur, gira hacia el norte,
da vueltas y más vueltas el viento
y torna siempre a su carrera.
Todos los ríos van a la mar,
y la mar nunca rebosa;
al lugar donde van los ríos
siguen siempre corriendo.
Todas las cosas dan fastidio.
Nadie podrá decir
que no se cansa el ojo de ver
ni el oído se harta de escuchar.
Lo que fue, eso será;
lo que se hizo, eso mismo se hará:
nada nuevo hay bajo el sol.
Si de una cosa dicen:
¡Mira: esto sí es nuevo!,
es cosa que ya existió en los siglos
que pasaron antes de nosotros.
No queda recuerdo de los antiguos,
ni quedará tampoco de los venideros
entre los que vengan después.

Qohélet (Eclesiastés) 1, 4-11

Toda la realidad es tarea y trabajo, muda continuamente de aspecto y se mueve sin cesar. Se halla encadenada a una actividad sin reposo, a un afanoso ir y venir, un volver y revolver, un correr y retornar, un hacer y rehacer.

Paradójicamente, todo parece a punto de renovarse y cambiarse a cada instante, cuando la verdad es que "no hay nada nuevo bajo el sol". Como en la naturaleza, también en la vida humana hay un constante movimiento circular, más parecido a una rueda que al desovillar de una madeja. Todas las criaturas se agitan y se mueven sin descanso, como si estuvieran condenadas a trabajos forzados nunca concluidos. No hay, en efecto, una meta alcanzable que, una vez conseguida, ponga fin a las fatigas. Todo recomienza siempre desde el principio.

Ya Epicuro, un siglo antes de Qohélet (siglo IV a.C.) había declarado: "Todo fue siempre como es ahora y siempre será así, porque no hay nada en que pueda mudarse; en efecto, más allá del todo no hay nada que pueda, penetrándolo, producir mutación en él." Qohélet admite un cambio, un "girar" de todas las cosas parecido al del viento (1,6), pero rechaza la idea de que, al final, todo acabe en la nada. En su estupor y su confesada ignorancia del verdadero significado de todo el fatigoso movimiento de las criaturas asume también el hecho de que el hombre nunca tiene la última palabra sobre ninguna cosa. Nunca se acaba de discutir y de comprender. Los mismos discursos y teorías de los hombres están en constante afán, en búsqueda incesante y nunca acabada: se escapa una y otra vez el motivo, la razón última, que no puede ser "captada" o poseída totalmente de una vez por todas.

Todo instante es efímero, elusivo: todo pasa o se disuelve. El movimiento de las cosas es imparable e interminable: "Lo que fue, eso será; lo que se hizo, eso mismo se hará". No puede haber, pues, ninguna auténtica novedad. Incluso el recuerdo del pasado, siempre parcial y fragmentario, se desvanece poco a poco, como la memoria que se debilita.

Éste es el poema del curso circular del mundo. Pero no se respiran aquí aires melancólicos, impacientes esperas de lo "nuevo" como factor resolutivo, sentimientos de fe o de confianza en el mito del progreso innovador.

Qohélet no espera que la "verdad" o la "felicidad" vengan de la mano del cambio,

de la novedad, sino de lo que es estable y permanente. Su problema consiste cabalmente en saber si tras la efímera mutación de todas las cosas no se esconde el esplendor de una eterna permanencia. No defiende la teoría del "retorno eterno de todas las cosas". Sabe demasiado bien que la historia se compone de eventos singulares e irrepetibles, que toda existencia humana "llega a su fin" (cf. 12,7 y 12,14). Tampoco propone la concepción de un "mundo existente *ab aeterno*", porque sabe muy bien que Dios es el creador (12,1) del mundo y el "hacedor de todo" (11,5).

El movimiento del cosmos total es el del tiempo mismo en cuanto movimiento circular del "antes" y el "después". También el hombre se halla inserto en él y de él es esclavo, como de una potencia cósmica. El cíclico retorno cósmico-temporal manifiesta que todas las cosas están radicalmente inacabadas, incompletas, que no llegan a su "cumplimiento" y perfección definitiva, que sería la auténtica "novedad". Lo *nuevo* es el resultado de la acción salvífica de Dios, no es una determinación que se cualifique sólo en relación a lo que "fue antes". Ésta es la acepción de lo "nuevo" en el Antiguo Testamento.

Qohélet afirma, pues, al principio de su libro, que la experiencia humana concluye:

-o bien que la realidad entera está inmersa en un ciclo recurrente, que manifiesta su imperfección, su condición de algo no acabado, no completo;

-o bien que ya el mismo carácter cíclico revela en cada uno de los instantes experimentados como efímeros, como evanescentes, la existencia de un referente estable.

Los discursos humanos siguen todos los movimientos, cada una de las cosas concretas infinitamente numerosas, como a la búsqueda de una catalogación completa del universo. Ésta sería aquella "ciencia", parecida a la que buscó y obtuvo Salomón: "Formuló tres mil proverbios y compuso mil cinco cánticos. Disertó acerca de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que brota de las paredes; trató, además, acerca de las bestias, las aves, los reptiles y los peces (1Re 5, 12-13). Pero esto no iría más allá de lo que Heidegger llamaría "pensamiento calculador", mera descripción y enumeración de "datos".

Qohélet no se detiene en los "datos", aunque se mantiene firmemente vinculado a ellos, sin olvidar su dimensión de temporalidad: la realidad muestra un proceso de sucesión cíclica de "hechos" infinitamente repetida. Este carácter cíclico es interpretado de forma positiva: si el sol no surgiese de nuevo, si el viento dejase de girar, si los ríos no tuvieran fuentes que los renuevan, etc., todo se paralizaría y acabaría. Al fondo de estas repeticiones cíclicas se oculta una permanencia y una estabilidad de la realidad que impide que el universo se hunda en la nada.

Pero, ¿cabe esperar cosas radicalmente nuevas? ¿Es posible un "futuro" verdadero y auténtico, esto es, una conclusión? "Así fue" (es decir, los fenómenos naturales) y "Así será". Por tanto, la historia humana no consigue producir una "novedad" radical y auténtica.

Si la novedad es el "recuerdo" o "memoria" de los venideros, es sólo engañosa ilusión, porque presto se olvidan los hechos del pasado. Toda la realidad es "trabajo", un continuo e insomne fatigarse; pero esto no significa -en contra de lo que algunos comentaristas concluyen- que el mundo y la vida humana sean inestables y fútiles. No es la provisionalidad y la precariedad de las cosas lo que se sitúa en el centro de la atención. Al contrario, Qohélet destaca que "la tierra siempre subsiste" hasta el fin de los tiempos. El retorno del sol cada mañana, por ejemplo, es un acontecimiento feliz, que causa alegría. El verdadero y angustioso interrogante es otro: si el mundo y el hombre no producen ninguna "novedad" radical, ¿de dónde puede proceder la "conclusión" de este "girar" incesante?

Es significativo que no se hable aquí de Dios ni que pueda suponerse, como algunos han hecho, que Qohélet intente negar que Dios sea capaz de crear algo "nuevo". Parece ser, más bien, que -supuesto el poder absoluto e imprevisible de Dios, hacedor de todo- Qohélet quiere invitar a sus lectores judíos a recordar que sólo Él puede decir: "Aquí estoy, haciendo una cosa nueva" (Is 43,9; cf. Jer 31,22: "Yahveh crea una novedad en la tierra"; Is 65,17; Jer 31,31-34; Ez 36, 26-31). Los "hechos criaturales" y las "obras humanas" sólo son aparente e ilusoriamente nuevos.

Hombre y cosmos hablan un mismo lenguaje. Cuentan una historia monótona e infinita, que se repite y recomienza una y otra vez allí donde se había iniciado. Es una historia que habla de la falta de plenitud, de la fatiga y del cansancio, de la insatisfacción y de la frustración de los deseos humanos, que no encuentran hartura y satisfacción completa ni en los fenómenos naturales ni en las realizaciones humanas.

Antonio Bonora
Guía espiritual del Antiguo Testamento: El libro de Qohélet

Todo lo contemplé

Un puñado de risas
agitaba los ecos de la tarde
y alcé mi vuelo para mirar
el espacio increíble de su tamaño.

sentí vibrar mi cuerpo entero
cuando los primeros brotes
se enredaban entre los árboles
dejé tu canción y mi canción
para elevarme cada vez más alto
con el solo ruido de mis alas.

Todo lo contemplé
–todo–
las piedras con remolinos de soles
el agua con sus hilos
tejiendo insondables caderas
los trebolares apacentando la geografía
mi casa pequeña donde estuve
guardando mis secretos

Todo lo contemplé
al hombre blanco y al hombre negro
al perseguidor que se siente
perseguido a la raíz oculta
sosteniendo inmensos árboles
y su rama quebrada para que las otras
crezcan vigorosas

Todo lo contemplé
al río corriendo incensante
hacia el mar
al invierno transformándose
en primavera
al bullicio del césped
en actitud germinal
al perro cazador de lunas

-todo-
y comprendí en el espacio de la risa
que la importancia del hombre
no está en lo que tiene
sino en lo que quiere alcanzar.

Luis Grenni
Del duende que me habita

Maximiliano Péjkovich
Mediador Privado
Esmeralda 980 2º A (C1007ABL) Ciudad de Buenos Aires, República Argentina
Tel: (54-11) 4312-2597 4516-0572 — Cel: (54-11) 1540 376099
Mail: mediadores_privados @mediadores_privados.com.ar
Web: www.mediadoresprivados.com.ar

El ser humano sin espiritualidad

No se puede vivir la vida tomándola como una rutina o hábito de costumbre. Hoy en día todos somos como piezas de un engranaje… que lo único que buscan es distraerse con metas prontas para calmar el vacío interior que produce la falta de espiritualidad en el hombre.

Buscamos placer en la comodidad más próxima: cambiar de auto, comprar ropa nueva, salir de viaje , salir de noche, a través del alcohol, las drogas, el sexo… y vamos perdiendo la esencia de las cosas, el valor que realmente tienen… para que fueron creadas… y en peor instancia, nunca pero nunca nos llenan… siempre hay una excusa para la meta que queremos alcanzar… en donde no importa lo que tengamos que hacer en el camino para llegar allí, nos justificamos diciendo "lo hago por mi familia, lo hago por mi futuro, lo hago por mí"… "Si está la oportunidad debo aprovecharla… soy un tonto si no."

Nos frustramos al darnos cuenta que la meta alcanzada no basta: la casa ya no me gusta, la ropa ya está pasada de moda, el auto ya es poco cómodo y el lugar de vacaciones ya está pasado de moda…y pasamos a la siguiente etapa, que es volver a empezar, pero a un nivel más alto.

Y siempre sigue ese vacío interior que nos hace sentir cada vez más incompletos, más frustrados, y buscamos consuelo en terapias, medicamentos, más cosas materiales, diferentes compañías. Rebasamos los límites de nuestro respeto como persona, nos agredimos, agredimos a los demás y caemos en la conclusión de que la vida es así, un círculo sin fin... error.

Para esta altura de nuestras vidas ya hemos acaparado tanta cantidad de errores, de faltas hacia nosotros y los demás, hemos herido tanto que pensamos que no hay vuelta atrás y nuestro corazón se cubrió de una capa tan grande y dura que hemos perdido comunicación con él.

Es cuando nos parece imposible la idea de un Ser creador, basado sólo en el amor, en la misericordia y el perdón.

Porque son palabras que desaparecen de nuestro diccionario interior: nos parecen de otro idioma, casi del espacio exterior. ¿Perdonar… yo? ¿conmoverme por el sufrimiento ajeno… yo? ¿amar... yo?

Nos vamos perdiendo los pequeños mensajes que nos da la vida para frenar, parar la marcha, hacer un cambio, sacarnos esa mochila de errores, rencores, dolores, odio, frustración, la cuál nos pesa tanto que nos impide ser realmente libres. Nos crea una falsa imagen de nosotros mismos, nos imposibilita creer en un cambio, y por sobre todo nos impide verlo a ÉL.

Al pensar en esa imposibilidad, buscamos descargar la frustración y toda esa mochila en los seres que más queremos, porque en el fondo uno da lo que tiene dentro: si hay rencor saldrá el rencor, y si hay amor saldrá el amor…

Ese ciclo se agranda con el paso de los años y solamente conoce el fin cuando terminamos con nuestra vida, naturalmente o por voluntad propia.

Pero yo les digo algo: sí se puede cambiar, sí se puede empezar de nuevo, sí se puede volver a nacer…

Sólo cuando nos reconocemos con humildad (como seres humanos limitados) y entendemos el daño que hemos hecho a nuestros seres más queridos es cuando debemos decir basta y hacer lo que sea necesario.

Así con humildad reconocemos nuestra pequeñez, y nos entregamos a Él, que es más real que toda la existencia que nos rodea… pero para encontrarlo debemos sacarnos todos los prejuicios de encima, y reconocernos. Lo digo nuevamente: "limitados"… sólo es ahí cuando lo vamos a dejar actuar a Él para que nos sane, nos guíe y nos indique el camino a seguir.

Entonces nuestra vida va a hacer un giro tan grande que no lo vamos a poder creer, y lo que antes era una rutina, ahora es una aventura llena de esperanza, amor y expectativas. Y es ahí cuando caerá nuestra armadura interior conectándonos con los sentimientos perdidos, conectándonos con el prójimo: nuestra pareja, hijo, padres, amigos, vecinos, desconocidos. Y es ahí cuando entendemos que estamos todos ligados, unidos, que no puedo ser ajeno al que sufre, al desamparado, al que me necesita, lo conozca o no, porque en la vida lo único que llena al ser humano es dar... Dar con todas las fuerzas, con todo tu corazón, desinteresadamente, porque tu felicidad esta ahí en el vacío del otro, y comprendemos que somos canales de amor (filial, fraternal, de pareja, etc.). Y es ahí cuando nos olvidamos realmente de nuestras necesidades y de nuestros intereses. Cuando realmente nos ocupamos de ellos. Porque solamente ahí es cuando el ser humano se siente satisfecho. ¿Por qué será? La respuesta es simple: sólo hay que hacerlo para encontrarla.

Germán Pablo Benazzi

Sé tu propia luz

La rendición esencial sucede en tu interior. No tiene nada que ver con alguien externo a ti. La rendición básicamente es relajación, es confianza, así que no te dejes engañar por la palabra. Lingüísticamente, "rendición" quiere decir rendirse a alguien, pero en religión *rendirse* sencillamente quiere decir "confianza, relajación". Es más una actitud que una acción: tú vives a través de la confianza.

Deja que me explique. Tú nadas en el agua, vas al río y nadas. ¿Qué es lo que haces? Confías en el agua. Un buen nadador es tan confiado que casi se hace uno con el río. No está luchando, no se agarra al agua, no está rígido y tenso. Si estás rígido y tenso, te ahogarás; si estás relajado, el río cuida de ti. Por eso siempre que alguien muere, el cadáver flora en el agua. Es un milagro. ¡Asombroso! La persona viva muere y se ahoga en el río; y la muerta simplemente flota en la superficie. ¿Qué ha sucedido? El muerto conoce algún secreto sobre el río que no conocía el vivo. El vivo estaba luchando. El río era su enemigo. Estaba asustado, no podía confiar. Pero el muerto, al no estar allí, ¿cómo va a luchar? El muerto está totalmente relajado, sin tensión; de repente el cuerpo emerge, el río lo cuida. No hay río que pueda ahogar a un muerto.

Confianza significa que no estás luchando. Rendirse significa que no ves la vida como a un enemigo sino como a un amigo. Una vez que confías en el río, de repente comienzas a disfrutar. Surge una dicha tremenda: salpicando, nadando, simplemente flotando, o buceando profundamente. No estás separado del río, te disuelves, te haces uno con él.

Rendirse quiere decir vivir la vida de la misma manera en que un buen nadador nada en el río. La vida es un río; puedes luchar o puedes flotar. Puedes oponerte al río y tratar de ir en contra de la corriente o puede flotar con el río e ir donde te quiera llevar.

La rendición no es hacia alguien, es sencillamente un estilo de vida. No es necesario un Dios al que rendirse. Hay religiones que creen en Dios, hay religiones que no creen en Dios, pero todas las religiones creen en la rendición. Por eso la rendición es el verdadero Dios.

Incluso se puede descartar el concepto de Dios. El budismo no cree en ningún Dios, el jainismo no cree en ningún Dios, no obstante son religiones. El cristianismo cree en Dios, el islam cree en Dios, el sikismo cree en Dios; también son religiones. El cristianismo enseña la rendición a Dios. Dios es sólo una excusa para rendirse. Es una ayuda porque será difícil para ti rendirte sin ningún objeto. El objeto es sólo una excusa para que en el nombre de Dios puedas rendirte. El budismo dice simplemente ríndete: Dios no existe. Relájate. No se trata de un objeto, se trata de tu propia subjetividad. Relájate, no luches. Acepta.

La creencia en Dios no es necesaria. De hecho, la palabra "creencia" es fea: no muestra confianza, no muestra fe. Es casi totalmente opuesta a "fe".

Deja que te lo explique. Dices "creo en un Dios compasivo". ¿Qué estás diciendo exactamente? Estás diciendo: "Desearía que hubiera un Dios que fuera compasivo". Siempre que dices: "Yo creo", estás diciendo: "Yo deseo intensamente". Pero no te das cuenta.

Si lo sabes, ni se plantea la creencia. ¿Crees en estos árboles? ¿Crees en el sol que se levanta cada mañana? ¿Crees en las estrellas? No es un problema de creencia. Sabes que el sol está allí, que los árboles están allí. Nadie cree en el sol; si lo hiciera, dirías que está loco. Si alguien viene y dice: "Yo creo en el sol", y trata de convertirte, dirás :"¡Te has vuelto loco!".

(...) Alguien preguntó a Sri Aurobindo: "¿Cree usted en Dios?". Él respondió: "No". Por supuesto el interpelador se quedó muy impresionado. Había venido desde muy lejos, desde Alemania, era un gran buscador, tenía grandes expectativas y este hombre va y le responde con un "no" rotundo. Él dijo: "Pero yo pensaba que usted lo había conocido". Aurobindo respondió: "Sí, lo he conocido, pero no creo en él".

Una vez que conoces, ¿qué sentido tiene creer? La creencia es ignorancia. Si sabes, sabes. Y es bueno que si no sabes, sepas que no sabes. La creencia puede engañarte. La creencia puede crear una atmósfera en tu mente, en la que, sin sabes, comienzas a pensar que sabes. **La creencia no es confianza, y cuanto más gritas diciendo que crees totalmente, más miedo te da la duda en tu interior.**

La confianza no conoce la duda. La creencia está únicamente reprimiendo la duda: es un deseo. Cuando dices: "Yo creo en Dios", estás diciendo: "No puedo vivir sin Dios. Sería demasiado difícil el existir en esta oscuridad, rodeado de muerte, sin un concepto de Dios". Este concepto ayuda. Uno deja de sentirse solo, uno deja de sentirse desprotegido, inseguro; de ahí la creencia.

(...) La confianza es simple. Es como un niño confiando en su madre. No es que él crea, la creencia no ha aparecido todavía. En una ocasión fuiste un niño. ¿Creías en tu madre o confiabas en ella? La duda no ha surgido, entonces ¿qué sentido tiene la creencia? La creencia aparece solamente una vez que ha entrado la duda, te aferras a una creencia. Hay confianza cuando la duda desaparece, hay confianza cuando no hay duda.

Por ejemplo, respiras. Haces una inhalación, luego exhalas, dejas salir el aire. ¿Te asusta dejar salir el aire porque, quién sabe, podría no volver? Tú confías. Confías que volverá. Por supuesto, no hay razón para confiar. ¿Qué razón? ¿Por qué debe volver? Como mucho, puedes decir que en el pasado ha venido sucediendo así, pero esto no es una garantía. Puede que no suceda en el futuro. Si te asusta la exhalación porque quizás el aire no vuelva, entonces retendrás tu inspiración. Esto es la creencia: aferrarse, retener. Pero si aguantas tu inspiración, tu cara se pondrá morada y sentirás que te ahogas. Y si continúas haciéndolo, morirás.

Bhagwan Shree Rajneesh

"En la noche dichosa,
en secreto,
que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía,
sino la que en el
corazón ardía".
San Juan de la Cruz

"DERECHO VIEJO"

a la evolución destino del hombre

Lejos del mundo. Cerca de los hombres

"Gloria Dei, homo vivens" (La Gloria de Dios es el hombre viviente)

Un periódico para pensar

Periódico mensual. Director Dr. Camilo Guerra. Almafuerte 2629 Castelar (Bs. As.)
T.E. 4629-6086 / 3089. - Diseño y diagramación propios. - Coordinación y publicidad:
"Derecho Viejo" Producciones. - Registro de la Propiedad Intelectual Nº 2.365.486.
Impreso en: PRINCASTEL 4629-2562 - Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

"No es nuestra fe la que puede crear a Dios, y no son nuestras dudas las que podrían hacerlo desaparecer".

¿Mi realidad o la tuya?

Escribe:
Dr. Sebastián Guerra

Que existen distintas realidades, realidades personales, realidades individuales, o –dicho de otro modo– que cada quien anda por el mundo montado sobre su verdad, son afirmaciones cliché que nadie –medianamente razonable– se atrevería actualmente a contradecir. Sin embargo, no todos los que no lo desmienten comprenden acabadamente la naturaleza de estas afirmaciones… suele subyacer la idea de que a pesar de esto, existe una realidad objetiva alcanzable, una verdad verdadera…

Esta realidad habitualmente denominada como objetiva (que toma ese nombre por hallarse –precisamente– fuera del sujeto, ser un objeto exterior) podría entenderse –también– como aquella que se halla consensuada, que tiene apariencia de ser la misma para dos o más personas, o bien: que puede ser contrastada… la ciencia diría que los fenómenos objetivos de esa realidad tendrían la cualidad de poder ser replicados una y otra vez por diferentes personas y seguirían arrojando los mismos resultados… vale decir que aun variando las subjetividades habría algo invariable exterior a ellos que podría llamarse "objetivo".

Por otra parte, S. Freud distinguió de la "realidad material" –como ya lo profundizamos en algún artículo pasado– una "realidad psíquica", la cual se erigiría a partir de allí como la única realidad que alguien puede alcanzar, exista o no algo por fuera de ella como material u objetivo, esto resultaría siempre filtrado, tamizado, por el sujeto (en su caso: el sujeto del inconsciente) que le quitaría unas cosas y le agregaría otras.

Asimismo, creo que ya no necesitamos acudir al *"Discurso del Método"* de R. Descartes, para reconocer que las percepciones que nos proporcionan nuestros sentidos nos engañan y deforman cualquier información de ese supuesto exterior que parece circundarnos.

En filosofía y teoría del conocimiento se suele preguntar algo así como: "Si un coco cae de la palmera en una isla inhabitada del océano Pacífico ¿hace ruido al caer?" Vale decir, ¿existe el ruido sin oído que lo escuche? Toda una rama del saber se inclinó durante muchos años a pensar que sí, pero el pensamiento ha ido trocando esta convicción de modo creciente hacia el otro extremo (que el oído/cerebro es donde se produce "realmente" el sonido), o bien hay muchos que han tomado un criterio intermedio que complementa coco/oído como necesarios en la ecuación del sonido.

Una vez más, la sabiduría oriental iría mucho más allá. Todo es "maya", nos diría. Todo es ilusión. Nada fuera. Todo el universo en mí.

Debemos tomar en cuenta que, en todo caso, la problemática que encierran estos planteos no se revelan tan solo a nivel científico-filosófico especulativo, sino –más bien– en la vida cotidiana, en la de todos los días… cada vez que suponemos que nosotros estamos pisando sobre el terreno firme del saber, de la verdad, de conocer la realidad de las cosas, mientras miramos con desdén, con engreimiento o soberbia, al pobre desgraciado al que presumimos infeliz e ignorante.

¿Cuántas familias se quiebran de modo irreparable por causa de esta inflexibilidad? ¿Cuántos hermanos dejan de hablarse porque cada uno toma su porción de verdad y la transforma en absoluta? ¿Cuántos juicios se entablan a diario con causa en no saber visualizar o escuchar la parte de verdad del otro, o por no lograr imponer la propia verdad por sobre la del otro?

¿Cuantas veces proyectamos los aspectos más densos y resistentes de nuestra realidad psíquica (compuesta de nuestra historia pasada, nuestras experiencias traumáticas, nuestros dolores y glorias) sobre unas circunstancias y/o personas que nada tienen que ver con ella, tiñendo las nuevas vivencias de fantasmas y recelos vetustos que nos impiden experimentar el aquí y ahora?¿Cuántas veces olvidamos la pequeña y minúscula partícula de polvo espacial que somos y suponemos que el mundo se va a caer y que ya nada importará si nos pasa o no nos pasa, esto o aquello? ¿Cuántas veces sentimos como ataque o violencia el hecho de que "el otro" opine o piense distinto, o perciba la realidad de modo diverso al nuestro?

Tal vez lo único que podemos sacar en claro es que nunca, jamás, sabemos lo suficiente acerca de cómo son las cosas, si es que estas existen fuera de nosotros… tal vez lo más apasionante de la vida sea el ir en busca de ese descubrimiento y el conflicto habitual es que –aún con mucho estudio previo-, en el momento en el cual uno deja de buscar, comienza el proceso de auto convencerse de que llegó, de que logró ese saber (incluso incentivado muchas veces por quienes alrededor –y buenamente– le adjudican esos conocimientos), y –precisamente en este instante– comienza el juego de la inflexibilidad, de la imposición de la propia verdad al resto del mundo, con la frustración ante cada desfasaje que se revela entre el universo interior y el exterior, o entre su posición y la de quienes le rodean, etc.

Obviamente –como suele ocurrir en este tipo de disquisición– hay que saber establecer los niveles. No afirmo que no haya mucha ignorancia que debe ser encausada debidamente a través de aprendizaje académico. Tampoco niego que el saber profesional se halle normal y regularmente muy por encima del lego en lo que hace a la materia concreta de su quehacer, de las competencias que le son socialmente atribuidas.

Lo que decimos no es que un contador sabe lo mismo de finanzas que una ama de casa, o que es equiparable un saber al otro… en una realidad consensuada entre el contador y la ama de casa el contador sabe más de finanzas, y esta –seguramente– sabrá con mayor exactitud los ingredientes del locro… pero concluidos aquellos acuerdos sociales tácitos acerca de que exista una cosa como la "realidad financiera", ninguno de los dos tiene la más remota idea sobre la experiencia de realidad del otro, ni sabe un ápice más que él.

Estamos hablando del acceso a saberes universales, existenciales y esenciales, sus limitaciones (incluidos –pero sin ninguna relevancia especial– los aprendizajes académicos y profesionales) y el hecho de lograr acceder a la liberadora comprensión de que TODO SABER DEBE PODER SER RELATIVIZADO, CUESTIONADO, FLEXIBILIZADO.

La clave de esta última afirmación radica en la posibilidad no en la certeza… y ello elimina la famosa paradoja que reza que "Todo es relativo, menos que todo es relativo".

Es decir: tenemos que lograr un grado de acceso a la verdad que siempre se halle en condiciones de cuestionar y cuestionarse, debemos aceptar verdades que conlleven insita esta potencia de ser sometidas a revisión, y –por fin– debemos aceptar, como seres humanos, y aprender a convivir exitosamente con la idea de que probablemente jamás accedamos ni a una sola verdad objetiva, a ninguna certeza erga omnes, en toda nuestra vida, y que ella, puede consistir simple y felizmente en recorrer el camino que va a la tierra prometida aunque –como Moisés– jamás lleguemos a pisarla.

www.sebastianis.com.ar

"No busques la verdad, tan sólo deja de tener una opinión. Aprende a mirar en silencio. Mira en silencio, hasta que tu mirada silenciosa sea un signo religioso y una oportunidad para ser transformado por la Belleza, que se reflejará en tu rostro en forma de Verdad; y la Verdad, en forma de Belleza.

La oración, más allá de los métodos donde el hombre comienza a perder la seguridad de sus propios recursos arrogantes, es la gran oportunidad.

Aprende a orar otra vez... y progresa... te harás bellamente sencillo y esencial, sin la pretensión de tus verdades y sin la arrogancia de tus opiniones, insoportables mecanismos de defensa contra la profundidad de Dios. Contempladlo y quedaréis radiantes".

Nicolás Caballero

Mensaje de *Derecho Viejo*

"Quien en la actualidad tenga el valor de abandonarse a la relación inmediata del Dios incomprensible, en el silencio y en esa aceptación de la manifestación silenciosa, encuentra el verdadero misterio de la propia existencia; quien capte la evidente indecibilidad de la referencia esencial de su existencia, consciente e impuesta, al misterio absoluto que llamamos Dios; quien abra su corazón al Dios de la misericordia para dejarse perdonar y tenga el gozo de experimentar a Dios como amor, que se le da y entrega a sí mismo como regalo, ese tal es actualmente un hombre religioso que vive la vida del Espíritu. Es decir una persona que ha experimentado a Dios, y éste le ha conferido madurez a su libertad y sentido a toda su existencia".

Karl Rahner S.J